

LA NOCHE DE LOS TERRORES

CURTIS
GARLAND

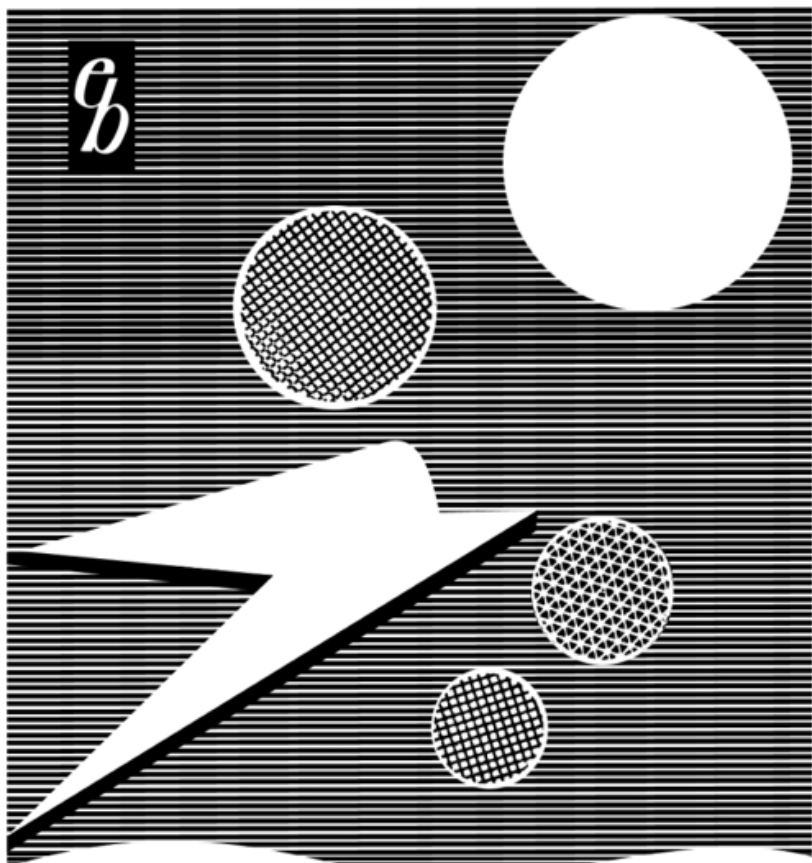


BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO



eb



**LA CONQUISTA
DEL ESPACIO**

CURTIS GARLAND

**LA NOCHE DE
LOS TERRORES**

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 60
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B. 30.699 – 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1971

© **CURTIS GARLAND - 1971**

sobre la parte literaria

© **MIGUEL GARCIA - 1971**

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

- 55. — Investigación a un oráculo — Glenn Parrish
- 56. — Alkimia 3000 — Curtis Garland
- 57. — Intrusos siderales - George H. White
- 58. — Contrainvasión - Gleen Parrish
- 59. — El planeta de las mujeres-araña - Keith Luger

«El hombre tiene muchos enemigos en éste y en otros mundos. Posiblemente más de los que él pueda imaginar.

»Pero el peor enemigo del hombre es, quizá, él mismo.

»El y sus propios defectos. El... y su miedo a lo desconocido.

»Lo desconocido... que alguna vez puede ser algo más que un sentimiento. Algo más que un simple temor.

»Incluso una realidad. Una espantosa e increíble realidad...»

PRIMERA PARTE

LO IMPOSIBLE

CAPÍTULO PRIMERO

HORROR FILMS, INC

—...Y ahora, señoras y señores telespectadores, con ustedes uno de los artífices del terror. Un hombre que les hizo temblar más de una vez, en la oscura butaca de un oscuro cine —Dennis Kent, de la British Broadcasting Televisión, hizo una pausa estudiada, y añadió con voz tan perfectamente modulada como en él era habitual—: Les presento, en el programa «Mundo de todos»... a Barry Cole. ¡Barry Cole, guionista, autor de diálogos y argumentos de la Hasper Films, más conocida entre todos nosotros por Horror Films!

Y se volvió, aplaudiendo hacia el personaje que hacía su entrada en el rectángulo televisivo captado por las cámaras.

Barry Cole entró en el set. Sonrió al público invisible e inmenso del programa más popular de la sobremesa nocturna, y estrechó con calor la mano del fornido, pelirrojo y sonriente Dennis Kent, presentador de «Mundo de todos» en la BBC-TV.

Cole sorprendió a muchos. Especialmente a quienes eran aficionados al cine. Su nombre, relacionado siempre con los medios de provocar el pánico a la gente que asistía a la proyección de los productos filmados de la Hasper Films, conocida por Horror Films, provocaba en los especialistas un cierto escalofrío, al asociarlo con los monstruos de todo género de los films de las series «B» o «X» (1), que llenaban los cinematógrafos especializados en tal clase de películas.

La mayoría esperaba ver en sus pantallas a un hombre de cierta edad, duras facciones, expresión sombría y aire taciturno, muy adecuado para quien, como él, escribía horrores sangrientos capaces de erizar los cabellos a cualquiera.

Sin embargo, Barry Cole era un hombre joven, alto, arrogante, de rostro agraciado y enérgico, ojos grises, cabello largo, a la moda juvenil inglesa, ropas de claro y alegre color, y expresión risueña y cordial. Hubiera podido pasar por un galán de la propia productora para la que escribía los guiones, o por un cantante moderno, a punto de iniciar su actuación ante las cámaras de color de la BBC.

Por el contrario, la primera pregunta del presentador Dennis

Kent, figura popular de la TV británica, nada tenía que ver con canciones modernas ni con problemas de actores, sino con el auténtico oficio de aquel arrogante joven llamado Barry Cole.

—Amigo Cole, todos hemos temblado más o menos con sus monstruos de ficción, en las famosas producciones de Eric Hasper y Compañía. Ahora, nos hemos enterado de que se empieza la filmación de *La gran pesadilla*, otra superproducción de esa empresa. Estamos realmente curiosos por saber si, una vez más, Mortimer Lane y Hazel Kerr son los protagonistas de ese film.

—Desde luego, Kent —sonrió Cole—. Ellos serán de nuevo mis intérpretes.

—Y como de costumbre, imaginamos al severo y buen actor señor Lane, encarnando a un personaje siniestro, un científico de esos que crean una criatura horrenda, que luego se transforma en un aniquilador de vidas humanas...

—Más o menos —admitió con un gesto irónico Cole—. No puedo adelantar aquí nada de lo que he trazado para el guión, o de lo contrario la película perdería interés para los espectadores... y taquilla para mis productores.

Ambos rieron de buen grado. Luego, Kent se inclinó hacia su invitado en el programa y le dirigió una pregunta más:

(1) En Inglaterra y Estados Unidos, los films de serie B suelen ser de acción o intriga, sin llegar a ser superproducciones. Y los de serie X, sólo para adultos.

—Cole, nos gustaría, de todos modos, conocer algo del asunto de esa «gran pesadilla» que usted ha imaginado. Aunque, desde luego, sin desvelar para los espectadores ningún aspecto de la intriga.

—Bien, puedo satisfacer en parte su curiosidad, Kent. Sólo en parte, desde luego. Y esté seguro de que ésta es una auténtica exclusiva para «Mundo de todos». He traído conmigo los fotogramas de una secuencia... y desde luego, a la encantadora señorita Kerr, heroína de mis películas, así como a Mortimer

Lane, el creador de mis más terroríficos personajes. Con ustedes, pues, dichos fotogramas y la presencia personal de Mortimer Lane y de Hazel Kerr.

—Es una horrible orgía de sangre, Cole.

—Lo sé, lo sé —Barry paseó por la estancia, con las manos en los bolsillos. Su larga y fácil zancada le llevaba de extremo a extremo en rápidos instantes—. Es lo que quiere el público, Kent. Por eso yo me plegó siempre a sus deseos. Que son, naturalmente, los de mi jefe, Eric Hasper, productor y ejecutivo principal de la empresa. Mis películas son espantosas, pero dan dinero. Y el cine es un negocio, Kent.

—No lo dije en sentido de reproche o censura, Cole —rechazó el presentador de TV—. Solamente comentaba que nunca vi tanta sangre y tanto monstruo junto.

—Cada día hay que cargar más las tintas —suspiró Barry—. Hasta que un día, la gente se harte de todo eso, y tenga que escribir películas cómicas.

—¿Serviría para ello? —dudó Kent, riendo.

—Al menos, lo intentaría.

—Y estoy seguro de que terminaría lográndolo. Es usted un hombre inteligente y práctico, amigo Cole. Sinceramente, le admiro.

—Gracias. Que Dennis Kent diga eso a un escritor de engendros, es algo que le eleva a uno la moral un poco. Los críticos no están de acuerdo con usted.

—Bueno, sé que no puede presentar sus textos a un premio Nóbel, pero usted eligió un camino y sabe seguirlo brillantemente. Gana dinero, lo da a ganar a Eric Hasper, el gran productor de films de miedo, y divierte a la gente que gusta de esos platos fuertes, de condimento picante... como las curvas generosas de la señorita Kerr.

—La mezcla ideal es ésa: sangre, rostros aterradores, erotismo y angustia —rió Cole—. Es como un buen cóctel o una fórmula química infalible. Se repite siempre, con idénticas dosis de cada producto, aunque dándole diferente color y sabor.

—Sí, es lo que imaginaba —sonrió Kent—. De todos modos, dio con la fórmula justa. Su nueva película tendrá éxito, seguro. Al menos, en las taquillas, aunque los críticos le pongan verde. Imagino que eso usted ya lo sabe de antemano y acepta tal riesgo, porque ello forma parte del juego.

—Exacto. Forma parte del juego —convino Barry Cole, frotándose la barbilla pensativamente—. A cada película mía, los

críticos son más duros. Pero eso no me afecta demasiado. Lo extraño sería que me colmaran de adjetivos halagadores. Aparte de que, en ese caso, es posible que en la taquilla no cayera una sola libra de beneficios...

En el despacho de trabajo de Dennis Kent hubo un par de risas de buen humor. Uno y otro, sin las cámaras delante de sus rostros, hablaban y actuaban de muy diferente modo que en el *set* de «Mundo de todos».

La puerta se abrió. Entraron el altísimo, taciturno y dramático Mortimer Lane, con su negro cabello, sus mejillas hundidas y sus ardientes ojos, tan adecuados para los papeles siniestros que representaba en la Hasper Films. Y tras él, la rubia, curvilínea, exuberante figura de Hazel Kerr, la heroína voluptuosa de los films terroríficos de Cole, con sus ingenuos ojos azules, sus senos deslumbrantes y sus caderas sinuosas, tan conocidas por los *fans* de la producción de Horror Films.

—Parece que hemos impresionado al público —rió Mortimer de buen grado—. Ya se han recibido casi un centenar de llamadas, que han bloqueado la centralita de la BBC, la mayor parte preguntando por la fecha de estreno de *La gran pesadilla*. Y otras llamadas, por el contrario, reclamando indignadas por el mal ejemplo que para los telespectadores supone un exhibicionismo tal de abominables recursos terroríficos. De cualquier modo, Cole, nuestra película tendrá éxito, de eso estoy seguro.

—Nunca en mi vida me vi frente a tantos monstruos sedientos de sangre —dijo Hazel, sentándose desenfadada en el borde de la mesa, y cruzando sus piernas, que a causa de la inevitable minifalda a la moda, dejó ver la esplendidez de sus formas, hasta los firmes muslos bien torneados. Era una de sus características poses para la publicidad. Añadió la voluptuosa rubia—: Cole, esta vez has puesto frente a mí a licántropos, vampiros, criaturas de Frankenstein y cuanto puede imaginarse. Es un aquelarre, no una película. ¿Qué vas a reservar para tu próximo film?

—No sé —rió Barry Cole de buen humor—. Imagino que no tendré nada a que recurrir, puesto que he agotado mis recursos. De cualquier modo, ya iré pensando algo, Hazel.

—Y será algo espeluznante, sin duda —ella soltó una carcajada—. Tienes una imaginación aterradora, cariño. Pero no debes olvidar

que es tarde, nuestros telespectadores de hoy ya habían cenado cuando nos veían en sus receptores..., pero yo no he probado bocado, y me muero de apetito. ¿Me invitas a cenar en algún sitio?

—Hecho —asintió Barry—. Conozco un delicioso lugar en Chelsea, donde nos servirán comida francesa deliciosamente cocinada. ¿Eso satisface tu apetito?

—Hum... —ella pestañeó con coquetería—. Eso me está afilando los colmillos, casi tanto como a Drácula la visión de mi cuello desnudo... Vamos, amor.

—Un momento —interrumpió Kent, vivamente—. ¿Puedo anunciar esto en mi programa de mañana? ¿Decir que Barry Cole, el creador de monstruos, y su hermosa criatura del cine, la sensual y rubia Hazel Kerr, son novios o enamorados, cenan juntos y hasta puede que un día unan sus vidas?

—Puede decirlo, Kent —suspiró ella—. Pero será falso. Si sirve a la publicidad del film, por mí no hay inconveniente. No soy escrupulosa en ese sentido. Pero Barry es sólo un buen amigo, un camarada de trabajo por el que estoy chiflada... sin que él me haga ningún caso. Eso no debe decirlo en su programa. Sería anticomercial, ¿no?

—Me temo que sí —Kent miró a Cole con curiosidad—. Si los espectadores supieran que un hombre se resiste a los encantos de una dama como Hazel, no podrían pasar a creerlo.

—No haga caso a Hazel —sonrió Barry—. Exagera las cosas. Me parece una muchacha llena de atractivo, pero no he pensado nunca en casarme, ni tan siquiera en mantener un idilio con nadie. Recuerde, Kent..., que tengo esposa.

—Cierto —el presentador de TV se mordió el labio inferior—. Perdone, Cole. He sido un impertinente. Pero oí rumores de divorcio y...

—El divorcio está en trámite —suspiró Barry—. Quiero respetar a mi mujer, como ella a mí, en tanto dura todo esto, y nuestro matrimonio se anula legalmente. Eso es todo. Más tarde, será tiempo de poder hacer cábalas sobre mi futuro íntimo, pero no ahora.

—Entiendo, Cole. Descuide, no haré ninguna publicidad sobre ese aspecto. Y márchense a cenar ya. Les he retenido suficiente tiempo, por culpa de mi programa.

—Sí, vamos ya —asintió Barry Cole, tomando por el brazo a

Hazel—. ¿Viene usted, Mortimer?

—No, gracias —rió el actor, con gesto taciturno—. Yo tengo esposa... y no tengo la suerte de tramitar divorcio alguno, aunque de veras me gustaría, Cole. Ella me espera, y bastante tengo con darle explicaciones, cada vez que debo morder el cuello de la encantadora Hazel en una secuencia.

Las risas fueron generales entonces. El grupo se disolvió, y Dennis Kent les acompañó hasta el exterior, donde subió a su «Aston-Martin», de color plata, dejando a Mortimer Lane camino de su hogar en West Ham, y despidiendo a Barry Cole y a Hazel, que se encaminaban a Chelsea, en el «Austin» del joven escritor de la Hasper Films.

CAPITULO II

La orquesta de violines atacó un suave vals melódico. Hazel apuró el champaña y miró fijamente a su compañero por encima de los candelabros de plata, con velas a punto de agotarse.

—¿Bailamos? —preguntó ella.

—Bailemos —sonrió Cole, incorporándose. Fueron a la pista del restaurante. Se enlazaron, iniciando la suave danza. La proximidad de las firmes curvas de Hazel, oprimidas contra el cuerpo de Barry, hubieran alterado el equilibrio de cualquier hombre; Cole, sin embargo, se mantuvo tranquilo, sereno, dueño de sí. No era hombre fácil de impresionar, y menos por su propia actriz.

Durante el baile observó a Hazel. No era la primera vez que advertía aquellos indicios en el transcurso de la cena en el restaurante francés de Chelsea. Indagó:

—Hazel, ¿te ocurre algo?

Ella le miró. Enarcó sus rubias cejas, bastante aclaradas por el tinte.

—No, no, nada. ¿Por qué había de ocurrirme algo, Barry?

—No sé. Te noto preocupada, como ausente a veces...

—¿Preocupada? —asintió despacio—. Es una tontería, pero..., sí, estoy preocupada. No me hagas caso. No tiene importancia.

—¿Algún asunto personal?

—Ni siquiera eso. Es una pequeñez, pero he pensado en ello varias veces, durante el día de hoy. Los niños tienen mucha imaginación, Barry. Mucha más ; que tú, incluso.

—¿Por qué dices eso?

—Se trata de Jimmy, mi sobrino. Dice cosas que a una la dejan, a veces, boquiabierta. Claro que son cosas de chicos con afán de fantasear. Seguro que la televisión y todo ello influye en sus reacciones, en sus absurdas ideas...

—Si es sólo eso, ¿por qué has de preocuparte, Hazel? Siempre ha ocurrido igual. Los niños inventan cosas, imaginan..., sueñan. Y por eso, muchas veces, mienten. Muchas veces lamento no seguir siendo un niño, para tener algo más de imaginación...

—Y que lo digas, Barry —suspiró ella—. ¿Sabes, lo que ha imaginado hace unos días mi sobrino, y, hoy ha insistido en ello

hasta hacerme enfadar y obligarle a retractarse de todo y pedir perdón a la persona interesada?

—Pues si tú no me lo dices, temo que mi fantasía no llegue tan lejos.

—Jimmy me ha dicho, al menos durante seis o siete veces en esta semana..., que nuestro vecino NO ES nuestro vecino.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. El señor McGoohan, funcionario del Ministerio, que ocupa el *cottage* inmediato al nuestro, es un caballero respetable, honesto y serio, pero una excelente persona, de gran simpatía. Tiene gran aprecio a Jimmy, y él al señor McGoohan. Pues bien, Jimmy se ha obstinado de repente en asegurar que el señor McGoohan *ya no es* el señor McGoohan, y que es otra persona.

—Eso no tiene sentido.

—Claro que no. Le reprendí, y él insistió en ello. Me llegó a irritar tanto, que le dije por qué hablaba esas tonterías. Jimmy ha insistido, incluso llorando, y sólo se reducían sus explicaciones a insistir en que, aparentemente, sí es McGoohan. Pero que cuando habló con él, cuando le miró a los ojos, supo que no era él. Y de ahí no había quien le sacara. Le obligué a ir ante McGoohan mismo, para disculparse. Fue terrible. Se negaba, gritando y llorando, diciendo que eso era horrible. Y añadió algo inaudito; que el señor McGoohan le mataría, si él revelaba ante él lo que sabía...

—¿Cómo reaccionó ante ello McGoohan?

—Como tenía que reaccionar. Se echó a reír, miró con asombro a Jimmy, y me dijo que debe disculparse siempre a los niños, y tratar de comprenderles, sin buscar más aclaraciones.

—De modo que el incidente quedó zanjado...

—Oh, de un modo tan desagradable, Barry... —Hazel sacudió su rubia cabeza con pesar—. Jimmy escapó de mis manos, llorando y chillando, asegurando que el señor McGoohan le mataría. Y me decía a gritos, ante el propio McGoohan: «¿Es que no lo ves, tía Hazel? ¿Es que no te das cuenta de sus ojos? ¡Mira, mira, me está amenazando con ellos, me está sentenciando a morir!»... Te aseguro qué cuando miré al señor McGoohan, su mirada era de estupor, de incredulidad, de sorpresa... y también de comprensión. Se limitó a sonreír, cortés, pidiéndome que olvidara esa tontería, como pronto la olvidaría Jimmy...

—¿No has llevado al pequeño al médico? —indagó Cole—. Podría tener algo psíquico, algún trastorno de cualquier tipo...

—Le llevaré mañana, Barry. Seguro que lo haré. No quiero que se repita algo así...

Terminaron de bailar. Era tarde ya. Salieron del restaurante. El «Austin» de Cole la llevó hasta su casa de Paddington. Cuando dejaba a Hazel en la puerta de su *cottage* rodeado de jardincillos, miró arriba, a la ventana iluminada. Hazel cambió una ojeada de sorpresa con él.

—Es la habitación de Jimmy —dijo con voz grave—. Ya debería dormir... ¿Quieres subir conmigo un momento, Barry?

—Conforme —asintió Barry—. Imagino que esto no arruinará tu reputación.

—Eres un gran tonto—rió ella entre dientes.

Entraron y Hazel le guió hasta el piso alto, donde abrió la puerta del dormitorio de su sobrino. La luz estaba encendida y el niño sentado en la cama. Les miró, dejando de jugar con una ramita verde clara, de florecillas amarillas, que tiró sobre las ropas, clavando sus abiertos ojos claros en ellos. Hazel fue hacia él, con tono de reproche.

—Jimmy, es muy tarde. ¿Por qué no duermes ya?

—Ya dormí —aseguró él apaciblemente—. Me desperté hace poco y no tengo sueño...

—Pues has de dormir —le quitó libros y publicaciones infantiles de encima de la cama, para ponerlas sobre un mueble. También tomó la ramita, para retirarla. El niño pegó un respingo.

—¡No, eso no! —gritó—. ¡Dame mi ramita, tía Hazel, dámela!

—Está bien —suspiró ella—. Te la doy, si duermes.

—Dormiré, tía —recogió con avidez la ramita, y sonrió luego—. Sí, dormiré. Apaga la luz, y no te preocupes más por mí.

—Jimmy, tú conoces a este buen amigo, ¿verdad?

—Sí. Es Barry. Barry Cole, el escritor —le miró, risueño—. Hola, Barry.

—Hola, Jimmy —él le miró con simpatía—. Obedece a tu tía y descansa ya. Es muy tarde.

—Ahora dormiré, Barry. Os lo prometo.

—Jimmy, hablé con Barry de lo que ha sucedido con el señor McGooohan, y...

—Oh, tía, entiendo. Debes perdonarme. Perdonadme todos. Tú, el señor McGoohan... Todos. Fue una tontería. Había leído una historia fantástica, y me influyó tontamente... No volveré a hacerlo más, tía Hazel.

—¿De modo que el señor McGoohan ya es, de nuevo, el señor McGoohan? —indagó Cole, risueño.

—Claro —Jimmy miró con sorpresa a Cole—. ¿Cómo no había de serlo? Ya te digo que fue una tontería, Barry. No lo haré más. Pobre señor McGoohan, con lo bueno que es...

Sonrió Cole, y salieron él y Hazel de la habitación.

Jimmy se quedó acostado, con la ramita en sus manos. Y con los ojos cerrados, cuando menos.

—Todo arreglado —suspiró Hazel, con alivio—. Créeme, se me ha quitado un gran peso de encima...

—Lo creo —sonrió Cole. Besó la mejilla de Hazel, aunque ella le había puesto la boca entreabierta, invitadora. Luego dio un suave cachete en la nalga prominente de la exuberante rubia, y se encaminó a la salida del *cottage* de Paddington.

Cuando subió a su «Austin» y partió hacia el sur de la ciudad, siguiendo la recta de Harrow Road, pasó frente al *cottage* vecino, el del honorable señor McGoohan, y comprobó, sorprendido, que había luz en el piso alto y en el invernadero del jardín. Frunció el ceño Cole. Extraña hora para estar despierto también un funcionario del Ministerio, lo mismo que un niño como Jimmy...

El «Austin» de Cole se perdió en la noche, hacia Kensington, donde vivía el guionista de la Hasper Films, más conocida en Inglaterra como la Horror Films.

Cuando llegó a casa, detuvo el automóvil dentro del garaje anexo a su *cottage*, y se encaminó a la puerta de entrada. Frenó sus pasos, sorprendido.

—¿Eh? —exclamó—. ¿Qué significa esto, Vivian?

Vivian Cole, su esposa, estaba en el umbral de la casa, esperando pacientemente. Esperándole a él, sin duda alguna.

—¡Barry, Barry, oh, gracias a Dios que has llegado! —exclamó su esposa, inesperadamente. Y se lanzó en sus brazos, estallando en sollozos.

Perplejo, desconcertado, Barry sujetó a su esposa contra sí, pero la apartó levemente, tomándola por los brazos, para verla cara a

cara.

—Vivían, ¿qué ocurre? Hace mucho que no nos veíamos... Nunca viniste por aquí... ¿Qué es lo que te pasa, para haber venido a estas horas a verme... y de este modo?

—Barry, yo... yo tenía que verte... —jadeó, mirándole con ojos dilatados, trémula expresión—. ¡Tenía que verte, inaplazablemente, para que supieras, para que te enterases de lo que está sucediendo!

—Calma, calma, serénate. Entra en casa, toma algo, reposa y...

—¡No, espera! —sollozó Vivian Cole—. Es... Es urgente. Es... vital, tal vez.

—¿Qué es lo urgente, lo vital? Tú nunca fuiste una mujer con prisas...

El moreno, atractivo rostro de Vivian, aparecía pálido, descompuesto. Su voz sonó ahora ronca, estremecida, cuando le dijo, con un hálito de horror:

—Se trata... Se trata de mi hermana Sheila... y de su marido, Hurd.

—¿Qué les ocurre a ellos dos? Vives aún con ellos, ¿no, Vivian?

—Sí, sí, vivo con ellos y... ¡Oh, Barry, has de creerme! ¡Has de creerme, por espantoso y absurdo que te parezca, pero ellos... ellos... estoy segura de que YA NO SON ELLOS!

CAPITULO III

El vaso de whisky puro seapuró de un solo trago.

Eso, en una mujer que sólo bebía un dedo de whisky con seis de agua y hielo, habitualmente, resultaba extraño.

O Vivian se había dado a la bebida..., o realmente estaba bajo una excitación terrible.

—Cálmate —aconsejó pacientemente Barry. La contempló muy fijo, sorbiendo también un vaso de whisky sin agua. Luego, respiró hondo, acercándose a ella—. Quiero que te calmes lo preciso para razonar un poco, Vivian.

—¡Razonar...! —musitó ella, con tono sarcástico. Le miró, angustiada, encogiéndose en el asiento del gabinete de Cole—. Nunca razoné mejor que ahora, Barry. Ni siquiera cuando me di cuenta de que no podíamos convivir más tiempo unidos, y acepté tramitar nuestra separación, puedes estar seguro.

—Esa es otra historia, Vivian —musitó Cole—. Y no estoy evocando a Kipling. Dejemos ahora a un lado nuestra intimidad. Y hablemos de ti. De lo que me has dicho antes. No tenía sentido, enténdelo.

—Lo sé. No tiene ningún sentido. Es un disparate. Pero está ocurriendo.

—Está ocurriendo... ¿qué?

—Lo que te dije. Mi hermana y mi cuñado. No son ellos. No lo son.

—Supongo que no habrán cambiado repentinamente de rostro, de físico...

—No, no. Eso, no. Siguen siendo idénticos. Eso es lo malo. Para todo el mundo, son Sheila y Hurd. Sólo yo sé que no lo son. Que todo es una gran mentira.

—Una mentira... ¿en qué sentido?

—Ya te lo he dicho; no son Sheila ni Hurd.

—Pero son iguales a ellos, ¿no?

—Sé que me tomarás por loca, Barry. Yo sé que digo la verdad, pero no espero que nadie me crea, ni siquiera tú. Es... es algo que conozco solamente yo, pero que nadie podría entender, ni tan siquiera admitir. Soy la primera en reconocer que no tiene sentido.

Nadie que vea a Sheila o a Hurd advertiría ninguna cosa especial.

—¿Qué cosa creíste ver tú, en ese caso?

—No puede explicarse. Es... es de tipo mental, psíquico, no sé... Yo conozco los ojos de mi hermana, los de mi cuñado... Es algo indefinible. Ellos... ellos no miran ahora de igual forma. Son diferentes. Aunque sigan siendo ellos. Piensan de otro modo, lo sé.

—Pudiera tratarse de pura imaginación tuya... o de un estado transitorio de ellos, como una crisis nerviosa, una depresión, un estado anormal...

—No. No es eso. Yo lo sabría, Barry —le miró, con triste sonrisa, sacudiendo la cabeza de lado a lado, nerviosamente—. Es diferente. Inexplicable. Casi irreal, imposible diría yo. No es imaginación, créeme. No soy como tú, y bien lo sabes. Nunca serví para imaginar nada. Pero, naturalmente, no puedes comprenderme. Ni creerme siquiera. Será como escuchar a una demente. Además, nunca te di demasiados motivos para creer en mí. Lo nuestro fue un gran fracaso y...

—Olvida lo nuestro ahora —cortó Barry—No te comprendo, pero te creo.

—Barry, ¿de verdad? ¿No estás dándome la razón, sólo por compromiso?

—No eres la primera persona que me dice esta noche algo así, Vivian.

—¿Qué?

—Lo que has dicho de tu hermana y de su marido... Lo oí ya antes de ahora. A un niño.

—Barry, soy yo quien no te entiende ahora...

—Un niño dijo que su vecino no era su vecino. Sonaba a absurdo, a chiquillada. Pero tú no eres una chiquilla. Ni imaginas cosas. Sois dos los que coincidís ya. Aunque el niño, no sé por qué, se retractó ya de lo que dijera inicialmente, y pidió perdón.

—Barry, ese niño..., ¿quién es?

—Jimmy, el sobrino de Hazel Kerr.

—Hazel... —hubo un destello fugaz en los ojos oscuros de Vivian—. Entiendo. ¿Cómo van las cosas en tus películas? Supongo que bien, por lo que leo en los periódicos... ¿Hay algo... entre tú y ella?

—¿Hazel y yo? —Cole rió—. No, no. No es mi tipo, deberías saberlo. Sólo una compañera de trabajo.

Forma parte de la máquina de producir celuloide en tecnicolor, eso es todo,

—A ella sí le gustas, estoy segura.

—Bueno, no me he parado a pensarlo —rechazó Cole—. Es lo que yo piense lo que cuenta. Jimmy se echó atrás bruscamente. Tú, no. Y viniste a pedirme ayuda, consejo o lo que sea. Vivian, supongamos que Jimmy y tú decís verdad. Que ellos NO SON ellos. ¿Qué puedo hacer yo en ese caso?

—No sé. Ni siquiera se me ha ocurrido. Supongo que no puedes hacer nada. Pero necesitaba salir de casa, hablar con alguien, ver a alguien... Y pensé en ti, Barry.

—Gracias, Vivian. Hiciste bien. No podemos ir a la policía. Nos encerraría a los dos, estoy seguro.

—¿Sugieres algo, entonces?

—Depende de la cantidad de valor que tú tengas.

—¿Valor? ¿Para qué?

—Para volver a casa.

—A casa... ¿Esta noche? —se estremeció ella.

—¿Por qué no? Es tu casa. Ellos viven contigo como acompañantes tan sólo. No hay por qué huir del propio domicilio. Si algo raro sucede, lo averiguaremos.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero iremos los dos allá. Espero ver algo claro, lo que sea. ¿En marcha?

—Sí, si quieres acompañarme, Barry... —se estremeció ella, preocupada—. No sé cómo les explicaré a ellos que tú... precisamente tú...

—No te preocupes. Yo daré las explicaciones —Barry fue a por su americana. Pero antes, tiró de una gaveta de su mesa de trabajo. Extrajo una automática. Era una «Browning» negra, pavonada, calibre 32. Comprobó su repleto cargador, y la echó al bolsillo. Ella le miró, asustada—. Vamos ya.

—Barry, ese arma... ¿Crees que será preciso...?

—No creo nada. Espero que no sea preciso, pero conviene estar alerta, Vivian. Si tú y Jimmy tuvisteis razón..., nos enfrentamos a algo extraño, posiblemente una suplantación a gran escala... Por cierto, tu cuñado, Hurd..., ¿no es funcionario del Gobierno de su majestad?

—Pues... sí. En cierto modo, sí. Trabaja en el Departamento de Sanidad y...

—Sanidad, un Ministerio... Curioso, ¿eh? Quizá alguien se ha dedicado a buscar perfectos «sosas» de ciertas personas clave. Como en las fantasías de espionaje, Vivian.

—¿Eso puede ser posible, fuera del cine o de la televisión, Barry? —dudó ella.

—Personalmente, creo que no es posible —suspiró Barry Cole—. Pero sin duda, algo está sucediendo. No creo en las coincidencias, y menos cuando resultan tan fantásticas. Por eso será mejor que veamos a Sheila y Hurd cuanto antes, cariño. Les haré disimuladamente algunas preguntas difíciles; de lo que respondan ellos dependerá lo que yo opine...

Salieron del pequeño y confortable *cottage* de Kensington, camino de Earl's Court, que no distaba demasiado de allí.

* * *

El «Austin» se detuvo junto al bordillo, bajo la fronda de uno de los árboles de Old Brompton Road, no lejos del amplio cementerio del mismo nombre. Sin embargo, el lugar no tenía nada de lúgubre. Olía a césped, a arbustos y flores. Los *cottages* típicamente ingleses, se extendían en hilera, vecinos unos de otros.

Barry Cole arrugó el ceño al saltar a la acera. Miró a la verja del *cottage* de su esposa. Más allá, tras los jardines, se veía luz en el piso alto. Y en el cobertizo inmediato. Cole cambió una mirada con Vivian.

—¿Luz en el cobertizo? ¿Qué hacéis a estas horas de la noche?

—Oh, el cobertizo... —Vivian se encogió de hombros—. Hurd lo ha convertido en invernadero. Cuida allí sus plantas. Es una nueva manía suya...

—¿Y se dedica a cuidar de las plantas a estas horas de la noche? —dudó Cole.

—No lo había notado antes —Vivian hizo un gesto—. A estas horas acostumbro a estar dormida, Barry. Y supongo que Hurd

también, porque su jornada laboral en el Departamento de Sanidad del Gobierno empieza a las ocho...

—Eso mismo estaba pensando —y Cole no le dijo que, súbitamente, había recordado el dormitorio encendido de Jimmy, el piso y el invernadero del vecino McGoohan, del Ministerio, también encendidos a horas intempestivas... Tomó por el brazo a Vivian, invitando—: ¿Vamos adentro, querida?

—Sí, Barry —se estremeció ella—. Como en viejos tiempos, cuando éramos... marido y mujer.

Barry no comentó nada. No era un sentimental. Eso era algo superado. Ambos, de mutuo acuerdo, habían decidido rescindir su compromiso matrimonial, para no hacer peor el fracaso. Pero ahora, Vivian era una mujer asustada. Solamente eso, y no la cerebral Vivian Cole, que hizo imposible la felicidad conyugal. Por eso se sentía diferente.

Tembló la llave en su mano al abrir. Sorprendentemente, el vestíbulo estaba encendido. Y les recibió una mujer joven y pelirroja, que hizo dar un leve respingo a Vivian.

—¡Vivian! —exclamó la dama—. ¿De dónde vienes a estas horas, y...? ¡Cielos, Barry! ¡Barry Cole, en persona! La verdad, no entiendo nada, querida... Pasad, pasad...

Abrió de par en par, mirándoles con asombro. Barry, con aparente indiferencia, no quitaba sus ojos de ella. Era Sheila, sin duda alguna. La misma Sheila de siempre, con su cabello algo rojizo, los ojos pardos, la semejanza familiar con Vivian... No vio maldita la cosa en la mirada de ella o en lugar alguno de su rostro.

—Hola, Sheila —saludó, afable—. Vivian fue a tomar una copa al Lord's, como en viejos tiempos. La encontré allí, y hemos venido juntos, eso es todo.

—Como en viejos tiempos —rió Sheila, risueña.

—Eso es —la estudió, tenso, aunque aparentando inocencia. ¿Recuerdas la noche que nos encontramos tú y yo en Lord's, Sheila? También te traje aquí. Esa noche, Vivian tenía algo que le impidió salir...

—Sarampión —rió Sheila de buena gana—. No lo tuvo de niña, y tuvo que salirle entonces, a sus veintitrés años cumplidos. Era un frío día de diciembre, lo recuerdo. Faltaba poco para la Navidad, Barry. Me regalaste un cenicero de porcelana, ¿recuerdas? Obsequio

de una marca de whisky, ¿verdad?

—Eso es —chascó Barry la lengua, dirigiendo una significativa mirada de soslayo a Vivian—. Excelente memoria, Sheila. Había olvidado el detalle del cenicero.

—Yo, no. Nunca olvido nada, Barry —invitó, echándose a un lado —: Pero entrad, por Dios. Creo que Vivian no tendrá inconveniente en que pases, ya que la trajiste hasta aquí...

—No, ninguno —suspiró Vivian, cohibida, sospechando lo que pensaba Barry—. ¿Entras, querido?

—Tomaré una copa y me iré —disimuló Barry un bostezo—. Si Hurd no durmiese ya, yo le saludaría y...

—¿Quién dijo que el duro Hurd duerme? —sonó una voz jovial a su espalda—. ¡Bien venido a casa, Barry Cole, creador de monstruos!

Cole se volvió. Hurd Sutton, marido de Sheila, estaba allí, en la puerta del invernadero iluminado. Apagó éste antes de salir y dirigirse, con su manaza abierta, hacia él. Pero antes de extinguirse la luz y cerrarse la puerta, Cole vio algunas macetas en hilera, con plantas de un verde desvaído y florecillas amarillas.

—Hurd, muchacho —Barry le estrechó con fuerza la mano, clavados los risueños, pero agudos ojos en él—. ¿Desde cuándo trasnochas así, y encima cultivas flores de invernadero?

—Sabes que siempre he sido poco amante de las flores, pero unos amigos de Sanidad me hicieron cambiar de opinión —rió de buena gana Hurd—. Además, el trabajo no mata en mi Departamento. Puedo permitirme robarle al sueño dos o tres horas impunemente. ¿Cómo van las cosas en la fábrica de celuloide terrorífico, muchacho?

—Como siempre, más o menos —sonrió Cole—. ¿Recuerdas la escena que más te gustó, de las que viste rodar cuando filmábamos *La bella y los monstruos*?

—Cielos, nunca lo olvidaré —miró de reojo a su mujer, riendo—. Aquella del torreón, cuando a la rubia Hazel Kerr la rodeaban los hombres lobo... ¡Diablo, con los bichos! Pero no podría engañar a Sheila. Ella sabe, como te dije a ti entonces, que las curvas de la Kerr eran las que me fascinaban durante el rodaje...

—Bien cierto —asintió Barry, gravemente. De nuevo sus ojos fueron a Vivian que, avergonzada, cohibida, no se atrevió a soportar su mirada—. Bueno, creo que debo dejaros, para que descanséis.

Vivian ya está en su domicilio y...

—No, no —rechazó Hurd, enérgico—. Entra y bebe con nosotros una copa cuando menos, Barry. No te entretendré nada. Luego, puedes irte.

—Conforme —aceptó Barry. Y vio cierto alivio en el rostro de Vivian.

Entraron. Delante de ellos pasaron Sheila y Hurd.

Ellos se quedaron atrás. Barry musitó al oído de su ex esposa:

—Espero que esto te haya convencido del todo. ¿Son ellos o no? Sólo Sheila y Hurd recordarían esos detalles, compréndelo.

—Sé lo que piensas de mí, Barry —musitó ella, estremecida—. Y, sin embargo, «sé que no son ellos»...

CAPITULO IV

Barry Cole dirigió la vista atrás. La casa recobraba su normalidad. Las luces se apagaban en la noche. Iban a dormir. Y él volvía a su propio domicilio. Vivian se quedaba con su hermana y su cuñado. El invernadero aparecía también en sombras...

Sacudió la cabeza. Recordó a Jimmy, el sobrino de la voluptuosa Hazel.

Igual que entonces, todo parecía faltar de sentido. Todo recobraba la normalidad, la lógica línea de siempre. Seres que no eran los que parecían... ¿Imaginación, delirio, una epidemia de depresión nerviosa y fantasía desatada? Todo era posible en nuestro tiempo.

Subió al «Austin». Arrancó a marcha moderada, de regreso a Kensington. Puso la radio. La emisora transmitía un programa de madrugada de bailables. Iba pensando en Vivian. Y en su visita de aquella noche.

Era raro que hubiese sostenido la misma fantástica teoría que Jimmy. Pero Sheila, con sus recuerdos de un día en Lord's, y Hurd con la evocación del rodaje de un film, le habían sacado de dudas. Eran ellos, se comportaban como ellos, hablaban como ellos... y recordaban todo perfectamente. ¿Qué sentido podía tener lo demás?

Que Vivian creyera ver en sus ojos algo anormal, que a Hurd le gustasen las flores, que trasnocharan ambos de un modo desusado, como el honorable señor McGoohan, no podía significar nada raro ni...

Detuvo el curso de sus pensamientos. Frenó el coche junto al bordillo de la acera, frente a una cabina telefónica. Recordó algo.

Luces de noche. Un invernadero. Flores.

Flores amarillas. Las había en el invernadero de Hurd. Jimmy tenía una de esas flores amarillas. No recordaba haberlas visto antes. Eran como óvalos color yema, en una ramita verde lívido.

Salió del coche, entrando rápido en la cabina telefónica. Buscó en una agenda de bolsillo. Llamó a un número de Paddington. Sonó el teléfono. Sólo dos veces. Una voz despejada indagó, recelosa:

—¿Quién llama?

—¿Hazel? Soy yo, Barry.

—¡Barry! ¿Aún no te has acostado? —sonó sorprendida la voz de

Hazel.

—No, aún no —rechazó Cole—. Ya te contaré mañana. Hazel, ¿cómo está Jimmy?

—¿Cómo había de estar? Supongo que bien. Se durmió por fin, hace ya rato.

—Hazel, vi en la mano de Jimmy una ramita. Con flores amarillas...

—¿De veras? No lo recuerdo...

—Tienes que recordarlo. La tenía en la mano, cuando estaba acostado. ¿Es de tu jardín?

—No puedo saberlo. Supongo que sí. ¿Por qué preguntas eso, Barry?

—Hazel, ¿puedes averiguar si el señor McGoohan tiene esa clase de plantas en su invernadero?

—Pero, Barry, ¿qué idea se te ha ocurrido ahora?

—Hazel, quiero que compruebes eso mañana. Y a ser posible, retira ahora de manos de Jimmy esa planta, y consérvala hasta que yo la examine. No dejes de hacerlo.

—Espera. Iré por ella, si tanto te preocupa —suspiró ella. Sonó el teléfono, Hazel se alejó. Pasaron unos segundos, un minuto. Al final regresó. Su voz sonó de nuevo—. Barry, querido... ¿Sí?

—Jimmy duerme. Y no tiene ninguna rama o flor en sus manos.

—Estará en la cama, en el suelo...

—No está en ninguna parte. Me he cansado de buscar. ¿No te parece que estás dando demasiada importancia a una tontería? ¿A qué viene eso? ¿Crees que el señor McGoohan cultiva drogas, o algo así?

—Hazel, tú me contaste lo de Jimmy y el señor McGoohan. Ahora sólo trato de ver qué pudo existir para...

—Barry, dejas volar otra vez tu imaginación de escritor —sonó seca la voz de ella—. Jimmy ya no piensa lo que pensaba, y no hay por qué volver sobre ello. Olvídalo, como lo he olvidado yo. Todo fue una tontería, y tú lo sabes. Buenas noches, amor. Te veré mañana, en los Estudios, y espero que no volvamos a hablar de esa estupidez. ¿A quién se le ocurriría dar importancia a semejante chiquillada?

Colgó bruscamente, sin añadir más. Barry se quedó mirando, pensativo, al auricular. Luego colgó, y regresó al coche. Se acomodó,

poniéndolo en marcha. La música se había interrumpido. El locutor estaba dando noticias triviales, en un boletín de madrugada sin muchas novedades.

El «Austin» siguió rodando hacia Kensington. Barry Cole se mordía el labio inferior, pensando en algo que no entendía. Pero tampoco entendía a las personas. Ni siquiera a Hazel. Había hablado de un modo tan diferente como..., como si no fuera ella.

Dio un respingo. Paró el coche de nuevo. Vaciló, consultando su reloj de pulsera. Ya eran las tres y cuarto de la mañana. Demasiado tarde, para estar en los Estudios Hasper a las ocho en punto.

—«Noticias de Southampton y Porstmouth, llegadas a nuestra redacción, informan del extraño fenómeno acaecido ayer, durante el cual, tras una lluvia turbia, como de fango, algunos terrenos de cultivo se cubrieron de plantas silvestres desconocidas, de tallos provistos de unos bultos o florecillas en embrión, color amarillo yema, que rápidamente crecieron y se ajaron, en un proceso de florecimiento y extinción, realmente anormal por lo brusco. Algunos floricultores de la zona, muy interesados en el fenómeno, tratan de investigar la naturaleza de tales plantas, y buscan trabajosamente algún ejemplar que haya sobrevivido a la extinción.»

Barry Cole arrugó el ceño, perplejo. Aquello le decidió.

Dio media vuelta rápida al automóvil. Y regresó a la vivienda de Vivian, en Earl's Court.

* * *

La casa estaba ahora totalmente a oscuras. Tal y como la dejara.

Todo, por tanto, parecía normal. Barry se enjugó la leve transpiración de su frente, dubitativo. Estaba cayendo en su eterno error; la imaginación excesiva.

Habían bastado unos relatos histéricos, sin fundamento alguno, una asociación de ideas con unas plantas de fruto amarillo, y una noticia posiblemente sin mucha verosimilitud, en un programa de madrugada de una emisora de radio, para ponerse en acción su fantástico cerebro, imaginando oscuras y terribles cosas fuera de este mundo.

Contrariado, miró al *cottage* que compartían Vivian, Sheila y Hurd, en aquel punto residencial de Earl's Court. Nada siniestro ni extraño cabía imaginar, a la vista del panorama.

Aun así, Barry Cole no se quedó tranquilo. Prefería comprobarlo hasta el límite, ya que había regresado. Bajó del automóvil. Se encaminó a la verja. La puerta, por supuesto, estaba cerrada. Pero no era demasiado alto el obstáculo, ni Vivian tenía perros vigilantes, que él supiera.

Fue fácil para su elástica figura de atleta enjuto y ágil salvar la verja de hierro y caer muellemente al césped bien recortado y cuidado del jardín de Vivian. Una vez dentro de la casa, avanzó agazapado, directamente hacia el invernadero.

Se detuvo junto a la puerta. La probó. Estaba herméticamente cerrada. No pudo franquearla, pese a cuanto intentó. Por ello, dejando de manejarla, se deslizó hasta las ventanas de polvorientos vidrios y trató de escudriñar el interior.

No era tarea fácil, ni mucho menos. La oscuridad del invernadero era total, y la posibilidad de ver algo, realmente remota. Al menos, su apariencia, su naturaleza real, aunque se vislumbraran los macetones y plantas de modo borroso, quedaba fuera del observador.

Barry Cole masculló algo entre dientes. Podía romper un vidrio y penetrar en el invernadero, ciertamente. Pero eso podía ser oído desde la casa y provocar la alarma de modo inútil. De habérsele ocurrido, hubiera ido a buscar cinta adhesiva, para romper el vidrio sin hacer ruido. Ahora era tarde para buscar nada de eso. Estaba allí, y tendría que obrar conforme a sus recursos actuales.

Extrajo la automática y la envolvió en el pañuelo por su culata, descargando entonces el seco impacto. Se quebró el vidrio con un estampido crepitante. Los fragmentos rodaron al interior. Barry se quedó callado, inmóvil, a la expectativa.

No sucedió nada. La casa siguió en silencio. La oscuridad reinaba en todos los huecos de la fachada. Al parecer, nadie había despertado con el estrépito de vidrios.

Introdujo la mano. Encontró una falleba, y la accionó. Se puso a horcajadas en el alféizar de la ventana. Saltó al interior. En el mismo instante, una serie de sonidos extraños, como notas suaves y agudas de violín, como lamentos o sollozos de niños recién nacidos, le llegó

de la oscuridad.

Se detuvo, perplejo, agazapado. Aguzó el oído.

Los lamentos o llantos llegaban de todas partes. De «todo» el invernadero. Era como si en vez de flores hubiese allí extraños insectos musicales, melodiosas criaturas desconocidas, que llorasen lastimosamente en la oscuridad.

—¿Qué diablos será eso? —musitó para sí Cole, empuñando ahora la automática, sin contemplaciones de ningún género. Clavó los ojos en la hilera de macetones que viera en el momento de salir de allí Hurd Sutton. Las flores amarillas...

De allí procedía el coro de sollozos como notas melódicas de un pequeño violín o de un mágico flautista, digno del cuento de *Hamelín*.

Sacudió la cabeza. No. Las flores no emitían sonidos. No las que él conocía, cuando menos. Las cosas cada vez tenían menos sentido.

El aire del invernadero tenía un singular aroma. Era dulzón. Como de algo pegajoso y a la vez, tenue, perfumado. No supo identificar aquel aroma. Nunca antes lo había percibido, estaba seguro de ello. Le era tan desconocido como el sonido musical de las sombras.

Buscó su encendedor de gas. Lo prendió.

justamente entonces, sonó el alarido desgarrador, terrorífico.

Con un movimiento brusco, instintivo, extinguió la luz del encendedor y se puso en pie violentamente.

Golpeó unos soportes, derribó dos macetas, que se hicieron pedazos en el suelo del invernadero. Sintió crujir bajo sus pies algunas ramas, y estallar pétalos y corolas de flores.

El grito había sonado en la casa. Era un grito de mujer.

Un largo, tremendo grito de terror. Posiblemente de agonía...

Barry Cole se precipitó contra la puerta del invernadero. La accionó, desgajando un pestillo frágil, de metal, y saltó al exterior, corriendo a través del césped y los macizos de arbustos del jardín. Alcanzó la casa y descargó impetuosas llamadas en la puerta.

Las llamadas fueron persistentes, repetidas. Al menos una docena, precipitadas, violentas, haciendo crujir la puerta casi a punto de abatirla. Barry puso en ello toda su fuerza. Pero no logró nada. Ni acudió nadie, ni se encendió una sola luz en la casa, o hubo señal alguna de vida dentro del edificio.

Decidido, Barry Cole disparó su pistola «Browning» contra la cerradura. Un par de balas reventaron el metal, dejando el paso expedito. Penetró, y giró la llave de la luz. Se iluminó el vestíbulo. Lanzóse escaleras arriba, donde sabía que dormían Vivian, su hermana Sheila y su cuñado Hurd.

—¡Vivian, Vivian! —aulló con voz exasperada—. ¡Vivian, responde! ¡Sheila! ¡Hurd!

Nadie respondía. Alcanzó el piso alto, con su automática a punto de ser disparada sobre cualquiera que apareciese ante él. Estaba dispuesto a abrirse paso como fuese, hasta el lugar de donde llegó el grito de horror en la noche. Un grito de mujer, que podía ser de Vivian o de Sheila.

Alcanzó el dormitorio de Sheila y de Hurd en primer lugar. Cuando cargó contra la puerta y entró, dando la luz, se quedó lívido, petrificado de horror ante el espectáculo.

—¡Dios mío, no...! —susurró—. ¡No puede ser...!

Con los cabellos erizados, desorbitados sus ojos, Barry Cole pensó inmediatamente en alguien, ante el pavoroso espectáculo que se presentaba ante él.

—¡Vivian! —aulló.

Y se precipitó fuera del dormitorio de los Sutton, arrancándose difícilmente al estupor, al caos de su mente frente a aquel horror. Lanzóse directo hacia el dormitorio situado en el lado opuesto de aquel corredor.

Descerrajó la puerta de un empujón, penetró en el dormitorio de Vivian sin miramientos, dando la luz al mismo tiempo...

Una demoledora sensación de pavor se hizo dueña de él. Retrocedió, angustiado, con un escalofrío que sacudía su cuerpo ante aquel espanto increíble...

Vivian también. Vivian había corrido la misma espantosa, inaudita suerte de su hermana y cuñado.

Estaba muerta, sin duda alguna. Pero muerta de un modo que erizaba los cabellos. Muerta, como nadie podía morir, salvo en los horrores que Barry Cole pudo inventarse para una de las películas sangrientas y monstruosas de la Horror Films...

SEGUNDA PARTE

LA SEMILLA

CAPITULO PRIMERO

Se llamaba David Edwards. Era inspector de Scotland Yard.

Un hombre sobrio, frío, penetrante de mirada, se vero de gesto, vestido irreprochablemente, y de pocas palabras. Gustaba más de escuchar que de hablar. Evidentemente, era una buena táctica para un policía.

No interrumpió a Barry durante su relato. Se limitó a escucharle, en silencio.

Sólo cuando hubo terminado, movió la cabeza en sentido afirmativo, paseó por la habitación, y terminó quedándose parado ante una ventana, como si el paisaje londinense, en la mañana neblinosa y húmeda, tuviera para él más interés que ninguna otra cosa en el mundo.

—No tiene sentido —dijo al fin.

—No, no lo tiene —convino Barry—. Lo sé tan bien como usted, inspector.

David Edwards giró la cabeza. Le escudriñó, receloso. Luego se acarició su rojizo bigote con parsimonia.

—Usted tiene imaginación, señor Cole. Todo el mundo lo dice —acusó.

—Es verdad —sonrió tristemente Barry—. Pero sólo para el cine, inspector.

—No lo parece. Esa historia de la gente que parece ser quien era, y no lo es...

—Yo no lo dije. Lo dijo Vivían, mi ex esposa.

—Su ex esposa está muerta, señor Cole.

—Sí. ¡Y de qué modo! —se estremeció Barry.

—Ella no puede confirmar lo que usted dice ahora. Queda sólo su palabra.

—Hubo un niño también; Jimmy, el sobrino de Hazel Kerr.

—Mis hombres han ido a casa de la señorita Kerr —cortó el inspector—. Interrogarán a ella y al niño. También al señor McGoohan, si es preciso, en su oficina del Ministerio. Pero como comprenderá, no espero nada positivo de todo ello. Haría falta que todos estuvieran locos para decir cosas así.

—Haría falta estar loco para imaginarse a unos seres humanos...

desangrados en sus lechos. Sin una gota de sangre en sus venas, convertidos en simples cuerpos color alabastro, bañados en su sangre..., que salió de sus cuerpos sin una sola herida, como usted ha podido comprobar, inspector.

—No me lo repita —pidió Edwards—. Recuerdo muy bien esa escena en los dos dormitorios. Es como si hubieran estado sometidos a una presión intolerable para la naturaleza humana... y la sangre hubiera fluido por cada uno de sus poros, abandonando sus arterias y venas. Científica y médicamente, carece de explicación.

—¿Y el invernadero, inspector?

—Flores secas. Agostadas. Solamente eso. El experto en Botánica llegará de un momento a otro. Y he enviado a un segundo botánico al invernadero del señor McGoohan. Espero que todo eso no, me cueste el puesto, si en el Ministerio del Interior se ponen serios.

—Es todo demasiado serio, inspector, para que nadie se pueda molestar. Es preciso saber lo que sucedió, ¿no cree?

—Sin duda. Usted oyó el grito de su ex esposa, según me ha dicho. ¿Pudo escapar alguien de la casa, en tanto entraba usted en ella?

—No, nadie. Ni vi huellas de intruso alguno. Sólo estaban dentro de la casa los tres; mi ex esposa, mis cuñados... Pero sigo creyendo que esa extraña hemorragia sin heridas, ese modo increíble de morir desangrados, no tiene sentido por sí solo. Tuvo que causarlo «alguien». O «algo».

—¿Como qué, o como quién, señor Cole? —preguntó fríamente el inspector.

Barry se mordió el labio, preocupado. Encogióse de hombros.

—No lo sé —confesó—. No puedo saberlo, inspector Edwards.

—Entonces, no emita teorías, se lo ruego —paseó por la estancia, como un tigre enjaulado—. Tal vez estemos solamente ante una nueva clase de enfermedad, una epidemia extraña, fruto de nuestra bendita época. Eso es lo único que tendría sentido.

—¿Y las plantas?

—Usted habló de cierta lluvia en el sur de Inglaterra, con rápido crecimiento y fin de esas mismas plantas —hizo notar el inspector secamente—. Imaginemos que esas plantas trajeron la epidemia o el virus del mal. ¿No sería una conclusión lógica?

—Aparentemente, sí —suspiró Barry—. Pero algo me dice que

existe otra explicación, mucho más profunda y extraña...

—Ya vuelve la imaginación del escritor —resopló el hombre de Scotland Yard—. Es usted capaz de imaginarse a uno de sus inefables vampiros, succionando la totalidad de la sangre de sus víctimas, pero sin dejar siquiera herida o rastro de su fatal mordisco. ¿No sería eso una publicidad bastante buena para Hasper Films?

—Inspector, recuerde que es mi esposa quien ha muerto —replicó secamente Barry—. Y si estábamos tramitando el divorcio, no por eso me complacería publicidad alguna, basada en su horrible muerte.

—Perdone —se disculpó el inspector—. Me irritó su afán de hacer sensacionalismo con el suceso. Al final, todo tendrá una explicación lógica, estoy seguro.

—Yo también quisiera estarlo, inspector. Lo siento, pero no puedo opinar como la policía. Tal vez tenga razón, y mi fantasía esté haciéndome imaginar más de lo que en realidad es, pero anoche estuve seguro de enfrentarme a un horror desconocido, algo que me envolvía como unos tentáculos fríos y viscosos. Por un momento, tuve la sensación de que nada de cuanto sucedía era de este mundo, inspector. Dios quiera que esté equivocado, y como usted insinuó, la fría lógica policial se imponga y lo explique todo o casi todo.

—¿Qué otra cosa espera? —David Edwards sacudió enérgicamente la cabeza—. No existen los seres de ultratumba, Cole. Ni vampiros, ni monstruos devoradores de sangre ni licántropos feroces que surjan en la noche. Todo eso forma parte de los trucos del cine y de la guardarropía de Hasper Films, pero nada más.

Barry no hizo comentario alguno. Pero en ese momento, un agente uniformado entró en el despacho de New Scotland Yard, donde conversaban ambos hombres. Saludó respetuoso al inspector, y le informó:

—Hubo una llamada urgente de la vivienda de la señorita Kerr, inspector. Antes de que usted vaya allí, inspector, el sargento Lambert quiere que sepa lo sucedido.

—¿Sucedido? —las pelirrojas cejas espesas del inspector Edwards se enarcaron—. ¿Qué es lo que ha sucedido, agente?

—La señorita Hazel Kerr, la famosa actriz de cine..., está muerta en la casa.

—¡No! —aulló Cole, pegando un salto en su asiento, y perdiendo

el color.

—Cállese usted ahora, Cole —cortó el inspector, también pálido, impresionado—. Siga, agente. ¿Cómo ha ocurrido esa muerte?

—Como las otras tres, señor. Desangrada, en un charco de sangre, sin herida alguna. Su sobrino, el pequeño Jimmy Kerr, también yacía en su camita, en un baño sangriento, sin muestras de violencia en su cuerpo...

—¡Dios mío, inspector...! —Cole se precipitó hacia Edwards, demudado—. ¿Se está dando usted cuenta? Sucede algo espantoso en Londres... La gente muere desangrada, sin que sepamos la razón... ¡Hazel y el pequeño! Eso es atroz... Agente, ¿sabe algo del invernadero del señor McGoohan?

—Aquí soy yo quien hace las preguntas, Cole —se irritó Edwards—. Agente, ¿qué hay con la investigación del invernadero de McGoohan?

—Las plantas aparecen secas, muertas por completo —suspiró el agente—. Ha sido el informe del experto. Van a tratar de analizar las del señor McGoohan y las del invernadero de Hurd Sutton. Darán el informe con toda urgencia.

—¡Inspector, hay que hacer algo! —gritó bruscamente Barry.

—¿Algo? —Edwards le contempló, hostil—. ¿A qué se refiere usted ahora?

—¡A Ralph McGoohan, el funcionario del Ministerio del Interior! —los ojos de Barry aparecían dilatados—. ¡Es posible que pueda sucederle lo mismo que a todos!

Por vez primera, Edwards estuvo de acuerdo con él. Tomó violentamente su bombín negro y corno hacia la puerta, paraguas en mano, seguido vertiginosamente por Cole.

—Tiene razón, señor Cole —dijo, tajante—. ¡Vamos al Ministerio, en seguida!

El negro coche de Scotland Yard llegó pronto al Ministerio del Interior, haciendo sonar su sirena durante el trayecto. Aun así, era tarde ya.

Pese a que la noticia no había trascendido y se guardaba la más absoluta serenidad dentro del recinto ministerial, un funcionario informó gravemente al policía y al escritor de guiones:

—El señor McGoohan ha sido hallado en su despacho, hace cosa de una hora, inspector. Estaba muerto. En un baño de sangre, pero

sin ofrecer herida alguna o señal de violencia en su cuerpo... Hemos llamado previamente al Intelligence Service, porque el señor McGooohan tenía entre manos un delicado asunto de seguridad nacional, y su *dossier* sobre el mismo, que él llevaba en su cartera, ha desaparecido sin dejar rastro...

* * *

—Sí. Era el *dossier* azul. —¿El *dossier* azul? ¿Qué significa eso? —Un alto secreto oficial. Pertenece a nuestro Departamento de Investigaciones del Espacio.—¿El espacio? ¿Qué tiene eso que ver en nuestro asunto?

—Se trabaja en estrecha colaboración con la NASA norteamericana y con la Central Astronáutica de la URSS. Es una investigación estrictamente confidencial sobre determinados fenómenos espaciales y sus posibles repercusiones en el planeta Tierra.

—Eso lo entiendo. Pero ese *dossier* no tiene razón alguna para desaparecer, si es de algo de acuerdo con la Unión Soviética y Estados Unidos..., a menos que China se interese en la cuestión, y sea ella la que haya enviado a algún agente para hurtar el secreto.

—Es lo que hemos pensado, pero China no alberga un especial interés en el problema espacial, que nosotros sepamos. Y tenemos referencias bastante fieles al respecto, de nuestros agentes en Oriente —explicó Basil Justin, funcionario del Intelligence Service, al inspector Edwards, en presencia de Barry Cole.

—Señor Justin, yo soy un extraño en todo esto, y admito que no tengo el menor derecho a saber nada de un asunto confidencial del Gobierno —habló Barry de pronto, dirigiéndose a Justin, quien le estudió fijamente desde detrás de sus gafas con montura de oro—. Pero el asunto espacial que estudian en nuestro país, asociados a la URSS y a la NASA americana, ¿de qué naturaleza es, exactamente?

—Señor Cole, ya le dije qué es estrictamente secreto. Secreto oficial, y más aún en este momento en que el *dossier* azul ha desaparecido, pero puedo anticiparle algo; tiene relación con ese fenómeno que la gente denomina... «objetos volantes sin identificar».

¿Satisfecha su curiosidad?

—En parte —suspiró Cole—. Imagino que no me va a explicar nada más.

—Nada más —sostuvo fríamente el hombre del Intelligence Service británico—. Es cosa de seguridad nacional.

Habla como si temiera a unos invasores de otro planeta —y las palabras de Cole no sonaron a broma, pese a todo.

Basil Justin le estudió con una mirada glacial, y no hizo comentario alguno. Luego se encogió de hombros; tuvo una sonrisa enigmática y explicó, lentamente:

—Inspector Edwards, el Intelligence Service está dispuesto a colaborar con usted en todo terreno, porque confiamos en que Scotland Yard nos sea útil en esta ocasión, como en tantas otras, dado lo delicado del asunto —miró con cierta ironía a Barry y añadió, cortés—: Lo siento de veras, señor Cole, pero no puedo seguir hablando con el inspector en su presencia. Comprenda mis razones. Si me es útil, le requeriré cuando sea preciso, y entonces podrá usted demostrar su buena voluntad para con nosotros. Que es como ponerla para su país. Y tal vez, para vengar, a ser posible, el extraño y trágico fin de su esposa...

Cole afirmó, mientras se incorporaba. Salió, sin hacer comentario alguno, dejando a los dos hombres reunidos a solas en Scotland Yard.

Ignoraba de lo que iban a hablar. Pero hubiera dado algo por saberlo. Aquella vaga, nebulosa explicación sobre «objetos volantes no identificados» era demasiado oscura y sin detalles. Podía ser incluso falsa, un engaño para desorientarle. Pero no estaba seguro de eso.

Aunque pensaba estarlo en breve. Para eso, contaba con un buen amigo: sir Richard Biggs, del Observatorio de Jodrell Bank...

Mientras conducía su «Austin», alejándose de Scotland Yard, oyó vocear la última edición de los diarios, con la noticia de las muertes extrañas, por hemorragia.

Adquirió uno, y lo hojeó. No quería leer lo relativo al suceso en el *cottage* de Earl's Court o el de Paddington, donde muriera Hazel de igual modo. Lo que le interesaba era la noticia del sur de Inglaterra. La halló en la tercera página. Bajo un titular significativo:

«Indicios de radiactividad en la zona de la lluvia turbia y de las flores agostadas en un día»

Y un subtítulo tan inquietante como aquellas letras más gruesas:

«Los meteorólogos afirman que no se registró lluvia alguna en los pluviómetros de la región. ¿Hubo o no tal lluvia, pese a la afirmación de los testigos presénciales en el lugar?

Barry Cole elevó los ojos al cielo nuboso, sobre Londres. Lloviznaba ligeramente, pero el agua era clara y normal, no turbia o fangosa.

—El espacio... —musitó entre dientes—. ¿Ha llegado «algo» de allá?

CAPITULO II

—¿Esa es su pregunta, mi querido amigo Cole?

—Sí, sir Richard. Esa es mi pregunta.

—Hum... Creí que su visita tendría que ver otra vez con alguna de sus películas de terror y de monstruos... —sonrió sir Richard Biggs, del Observatorio Astronómico de Jodrell Bank, mirándole atentamente.

—Esta vez se trata de una película mil veces más terrorífica que todas las que uno pueda imaginar. Sólo que es real y no ficción en celuloide.

—¿Real? —sir Richard frunció el ceño—. ¿Habla en serio, Cole?

—Totalmente. No he venido a verle como la vez anterior, en relación con datos de algún rigor científico, para una película mía de ciencia ficción y terror. Pero ahora es completamente distinto, créame. Le necesito en otro terreno. Por eso le pregunté... si es posible que tengamos «algo» en la Tierra. Algo de lo que nadie haya oído hablar. Procedente del espacio exterior.

—Sigue sonándome a película —declaró sir Richard de buen humor—. Platillos volantes y todo eso, ¿no, amigo Cole? A ser posible, con sus marcianos bien feos, de color verde, provistos de las inevitables antenas y todo eso...

—No, no es eso lo que busco. Sería tal vez demasiado sencillo. Sir Richard, ¿hay algo estrictamente confidencial, que la NASA, los astronautas rusos y el Intelligence Service estén investigando en conjunto?

—Diablo, que yo sepa, no —el científico de Jodrell Bank hizo un gesto de circunstancias—. Pero claro está que podría haberlo. No están obligados a decirnos nada a nosotros. Sir Bernard Lovell y nosotros trabajamos en lo científico, no en lo militar o tecnológico (1). Nuestro radiotelescopio es sabido que alcanza ingentes distancias cósmicas, pero aunque hemos captado infinidad de señales procedentes del espacio, y muchas pudieran proceder de seres vivos de otros mundos..., no hay nada que lo confirme por el momento, si bien tampoco hay nada que lo rechace en absoluto.

—De todos modos, hay «algo» que mueve a los investigadores espaciales. Algo secreto.

—Que también es secreto para mí, Cole —suspiró sir Richard Biggs—. Y aunque hubiese sido informado de ello, si mi Gobierno me decía que es secreto.,, pues mi respuesta sería la misma, forzosamente.

—Gracias, sir Richard. Lo comprendo muy bien.

Pasemos a otra cuestión. ¿Usted se ha enterado de esa extraña lluvia en Southampton y Brighton?

—¿La lluvia turbia? —sonrió, asintiendo—. Sí, me informaron los meteorólogos. Hay lluvias extrañas a veces, Cole. De color, de piedras, de insectos incluso... Son fenómenos raros, pero factibles.

—Los meteorólogos dicen que «no es» lluvia.

—Veo que se ha interesado mucho en el asunto —Biggs le miró, perplejo—. Cierto; eso han dicho los meteorólogos. Afirman que no fue lluvia. Pero germinaron semillas.

—Semillas de flor amarilla —asintió Barry Cole gravemente—. Flores que se agostaron en un solo día. Las están analizando ahora los botánicos de Scotland Yard.

—¿Scotland Yard? ¿Por qué, Cole? —arrugó de nuevo el ceño sir Richard—. No entiendo nada de todo esto...

—Le diré algo, sir Richard. En pocas horas, seis personas han muerto en Londres, víctimas de un extraño mal que les provocó una hemorragia total, sin heridas, como el acuanauta que sufre una presión intolerable para el ser humano y se le vacían sus arterias.

—¡Cielos! ¿Qué clase de broma es ésta?

—Ninguna broma, sir Richard. Mi esposa ha sido una de las víctimas. Un funcionario del Ministerio del Interior ha sido otra. Y hay por medio un dossier azul, con un secreto vital, que pudiera estar relacionado con «objetos volantes no identificados».

(1) Sir Bernard Lovell es, en la actualidad, director del Centro Astronómico de Jodrell Bank, en Gran Bretaña, seguidor de naves y satélites espaciales, a través de su gran radiotelescopio, uno de los mayores del mundo. N. del A.

—¡Dios mío, es fantástico...!—Fantástico, y tremendamente real, a la vez. Todas esas personas han estado relacionadas, de un modo u otro, con semillas de esas plantas, en invernaderos. Y todas las plantas se agostaron anoche mismo, súbitamente.

—De modo que usted quiere relacionar la lluvia turbia y las flores silvestres, con la muerte hemorrágica. Y con el dossier azul que

usted citó.

—Y que ha desaparecido, sir Richard. Además de eso..., puede haber esos «objetos voladores no identificados». ¿Usted sabe algo de ello?

—Sinceramente, no. Siendo, además, secreto oficial, yo...

—Sir Richard, quiero saber lo que sucede. Anoche he oído varias veces hablar a personas que me eran muy conocidas, refiriéndose a otras. Aseguraban que ellas no eran quienes parecían. Luego, de repente, todo parecía normalizarse y se retractaban de lo dicho. Inmediatamente, aparecían muertas de ese extraño modo. Mi esposa ha muerto; Hazel Kerr, mi actriz principal, también. Un niño de ocho años, igualmente. Yo estuve mezclado en todo ello. Si es un mal, puedo estar contaminado. Si no lo es, quiero saber lo que se esconde a mi alrededor. En una palabra, sir Richard; usted, sin romper ningún secreto, puede, cuando menos, responder a una sola pregunta mía.

—¿Cuál, amigo Cole? —inquirió, con cautela el científico de Jodrell Bank.

—¿Existe, realmente, algo relacionado con esos posibles «objetos volantes no identificados»? ¿Algo que haya sucedido últimamente, aquí en Inglaterra?

Sir Richard le miró fija, profundamente. Terminó por inclinar la cabeza. Y respondió, con grave tono:

—Sí, Cole. Lo hay.

Barry dio un paso atrás, estupefacto. El científico especializado en Astronomía parecía bajo el peso de alguna responsabilidad, allí en el centro de su despacho, en el Centro de Estudios Astronómicos, de Londres, donde habitualmente se ocupaba de su cátedra, cuando no se encontraba en Jodrell Bank, ocupado en otras tareas más trascendentales y profundas.

—Pero..., ¿qué es? —insistió Cole.

—Lo siento. Dijo que una sola pregunta. Yo se la contesté. Es cuanto puedo decirle, amigo mío.

—De modo que no se burlaron de mí. Existe ese «algo» de otro mundo...

—Existe algo. No trate de saber más.

—Necesito saber tantas cosas...

—No siga adelante. Deje que otros lo hagan por usted. Si

Scotland Yard, el Intelligence Service y todos los demás servicios oficiales de la nación se ocupan ya del asunto, sería ridículo querer competir con ellos. Ridículo e inútil, amigo mío...

—Pero mis razones personales...

—Olvídese de sus razones personales, y piense que eso, lo que sea, está por encima de usted y de todos nosotros, como simples ciudadanos. No le engañaron. Sucede algo. Algo que soviéticos y norteamericanos detectaron ya en el espacio exterior, en sus últimos viajes espaciales, pero de lo que nada se ha dicho. Bástele saber eso, y no insista más. Lamentándolo mucho, no podré ayudarle. Aunque sigo estando a su disposición para todo lo relativo a sus famosas películas de terror...

—Gracias, sir Richard. Pero de momento, mis películas no me preocupan. Hay algo que significa verdadero terror, y esto está aquí ahora. Entre nosotros...

Diciendo esto, Barry Cole salió del despacho de sir Richard Biggs con paso presuroso.

No había añadido gran cosa a sus conocimientos del asunto. Pero algo estaba ya confirmado: Basil Justin no le había engañado. Existía «algo», relacionado con el espacio.

Pero, ¿qué nexo podía tener todo eso con las personas que creían ver algo diferente en sus habituales familiares y amigos? ¿Qué conexión con unas muertes atroces? ¿Y con una lluvia que no fue lluvia, y unas plantas que morían en pocas horas?

—Los botánicos —masculló—. Los botánicos tienen la clave, sin duda...

Y se dispuso a probar fortuna por ese lado, sin pérdida de tiempo.

* * *

Wayne Nelson contempló pensativo a Barry Cole. Luego tomó con cuidado los dos trocitos de resco arbusto, envueltos en papel de estaño.

—Diablo, ¿qué esperas que saque de esto, Barry? —indagó.

—No lo sé. Es todo lo que hay. Los obtuve de un invernadero, el de mi cuñado Hurd. La policía no me vio tomarlos, aunque tal vez

no me hubieran dicho nada, ya que, legalmente, aún era yo el esposo de Vivian. He venido en seguida hacia acá, con los arbustos, para que los analices.

Wayne Nelson, experto en Botánica, al servicio del Departamento Técnico de la Hasper Films, meneó la cabeza, con aire abstraído, estudiando los dos fragmentos con atención.

—Parecen muy secos —observó—. Al menos llevan un mes sin vida...

—Te equivocas. Anoche estaban florecientes, Wayne.

—¿Anoche? —desorbitó sus ojos—. ¡Imposible!

—Yo los vi. Con una flor amarilla, ovalada, como un grano —tocó los resecos bulbos, parduzcos ahora—. De repente, se pusieron así.

—No puede ser. Esto es algo enormemente viejo, Barry, no una flor reciente. La Botánica tiene su lógica, por rara que sea una planta.

—Pues aquí muere toda lógica, puedes estar seguro. Analiza eso, si es posible, y dime qué clase de planta es. Estoy muriendo de curiosidad por saberlo, Wayne. Además, es importante. Puede estar relacionado con la muerte de Vivian.

—¿Acaso es una planta venenosa? —se inquietó Nelson, sin tocarla con sus dedos.

—No lo creo. Pero todo pudiera ser. Sé tanto sobre esa planta como sobre la flora del planeta Venus, pongamos por caso.

—Está bien, la examinaré ahora en el laboratorio. Al principio pensé que era algún nuevo truco para la película.

—La película... —masculló Cole—. Ni siquiera me he vuelto a acordar ya de ella. ¿Has visto, por cierto, a Eric Hasper? Debe estar furioso con lo de la pobre Hazel... Ahora habrá que rehacer todo lo hecho, encontrar una nueva actriz que tenga su mismo «gancho» para el público... Es un desastre, Wayne.

—Los Estudios están desiertos e inactivos —afirmó Nelson—. Y eso me da más miedo que todos los monstruos que puedas imaginarte. Si la Hasper cae, caemos todos...

—La Hasper no corre peligro —rechazó Barry—. Es otra cosa lo que peligra, Wayne.

—¿El qué, exactamente?

—Me gustaría saberlo. De momento, tal vez yo.

—¿Tú? ¿Por qué?

—No sé. Es un presentimiento. He estado demasiado metido en los horrores de la última noche. Esperemos que eso no traiga malas consecuencias, Wayne.

—Diablo, buenos alientos me das, diciendo eso y viniendo a verme a mí, con encargos misteriosos —miró la planta seca, con aprensión—. ¿Seguro que «eso» es lo que parece?

—No puedo jurártelo, pero tengo la impresión de que esa flor, cuando está seca, significa que algo malo ha muerto. Eso no tiene sentido, pero estoy seguro de que es así.

—Dios te oiga. De cualquier modo, analizaré esto cuanto antes, y te daré el informe. No te vayas de los Estudios. Iré a llevarte el resultado del análisis. Barry, ¿dónde estarás metido dentro de una hora, a lo sumo?

—Búscame en la cafetería de los Estudios, o en el *set* número seis.

—¿Donde se iba a rodar la escena de los licántropos? —indagó Wayne.

—Sí, allí mismo. Hay un detalle del guión que quiero corregir para cuando se rueda, con Mortimer Lane, a falta de elegir la nueva «estrella», y creo que alterando algo los practicables del decorado, en su primer término, puedo cambiar la situación. Si termino pronto, estaré en la cafetería. Si no, en el Estudio.

—Conforme. Hasta luego, Barry. ¡Y cuidado no te devore el hombre lobo o te aplaste el robot humano!— rió, con cierto humor agrio, alejándose con sus dos ramitas secas, en dirección al Departamento Técnico de los amplios Estudios Hasper.

—Descuida, Wayne —suspiró Cole—. Hay cosas peores que un hombre lobo o un monstruo de ultratumba, aunque no lo creas...

Se movió hacia los edificios de los distintos *sets*, al fondo de los escenarios al aire libre, donde se reproducían desde una calle londinense del siglo XIX, hasta un lago artificial, con nieblas y arbustos fantasmales.

Barry Cole se movió con veloz pisada hasta el *set* número seis, donde se leía, en un tablón, que por fallecimiento de la actriz Hazel Kerr, se suspendía el rodaje hasta nuevo aviso.

Entró en el enorme cobertizo metálico, y movióse entre tétricos decorados, lúgubres escenarios, figuras espantosas, que no eran sino ropas dispuestas para los actores que debían representar en su día el

papel asignado, con máscaras de goma elástica, adaptables al rostro, con las facciones más horripilantes y estremecedoras que se podía imaginar.

Todo aquello era la vida cotidiana de Barry Cole, aparte de ser su propia invención, y no le impresionaba en absoluto. Pero una persona ajena al lugar hubiera echado a correr como un alma perseguida por Satán, al verse de súbito en semejante ambiente.

Cole, con toda naturalidad, se movió por aquel escenario sin fijarse siquiera en las monstruosas formas creadas por su imaginación. Se detuvo en un inquietante bosque, de arbustos retorcidos, de negras rocas, imitadas en escayola, y de aguas pantanosas, de las que fluiría, en su momento, gracias al hielo seco y a estratégicos ventiladores, una bruma misteriosa y densa, que envolvería las siluetas fantasmales en su velo siniestro.

Barry encendió una luz lateral que conocía muy bien, tomó una copia del guión de un estante inmediato, donde se alineaban máscaras de hombres lobo y trajes de vello rojizo, adaptables a los cuerpos de los actores, para crear los monstruos licántropos de la luna llena. Allá, en el decorado, una redonda luna transparente daría la luz lívida y dramática a la escena, cuando entrase en rodaje.

Cole retiró, con un suspiro, una leve prenda femenina de seda, rasgada de forma que quien se la pusiera dejase sus curvas bien al aire.

—Pobre Hazel... —musitó—. Ya nunca más usarás estas cosas, pequeña...

Meneó la cabeza, y sentóse en una falsa roca para examinar el guión, en la escena de los licántropos.

Tachó unas frases y acotaciones, escribiendo otras en rojo. Al fin, satisfecho, dejó el guión a un lado. Contempló el escenario, hizo un boceto alterando la posición de algunos elementos, y encendió un cigarrillo, sin cesar de meditar en cuanto sucediera la noche anterior.

El ruido a sus espaldas no le sobresaltó en absoluto. Sabía que no estaba solo en el recinto cinematográfico de Hasper Films, ni mucho menos.

—¿Eres tú, Wayne? —indagó, descuidado, sin volverse.

No respondieron. Los pasos rozaron suavemente el terreno de falso césped, dispuesto en el decorado, a espaldas suyas. Barry

frunció el ceño, volviéndose.

—¿Por qué mil diablos no respondes y...? —comenzó a decir, interrumpiéndose en seco, al verse frente a la persona que venía hacia él por entre los arbustos téticos de la escena.

Un grito ronco, horrorizado, escapó de su garganta. Lívido, demudado, retrocedió, tropezando en las falsas rocas y cayendo. Sus ojos desorbitados miraban sin creerlo, a la figura conocida, al rostro familiar...

—Hola, Barry —le saludó ella.

—¡Cielos, no! —aulló—. ¡No es posible! ¡Hazel! ¡Hazel Kerr... viva!

Era ella. La rubia, espléndida, sinuosa y sensual Hazel Kerr. Y avanzaba hacia él, con extraña, fría sonrisa en su bello rostro...

CAPITULO III

La alucinante, la imposible realidad, sacudió a Barry Cole con un escalofrío violento.

Al principio pensó que sus sentidos le jugaban una mala pasada. Que el ambiente, la tensión nerviosa de las horas procedentes, las angustias vividas, le habían alterado de modo tan profundo, que imaginaba cosas, que veía alucinaciones.

Pero no sucedía nada de eso. Todo aquello era cierto. «Estaba sucediendo», aunque no lo admitiera su propia razón.

Ella..., ella «era» Hazel. La misma Hazel de siempre. Rubia, opulenta, sensual, moviéndose con aquel cimbreo suyo de caderas que enloquecía a los hombres. Hazel Kerr, la «bomba» rubia de los Estudios Hasper.

Hazel Kerr, que estaba muerta.

—Barry, ¿qué te sucede? —murmuró ella, todavía avanzando hacia él, lentamente—. ¿Me tienes miedo acaso?

—Hazel... No, no es posible... ¡No puedes ser tú! —jadeó Cole, demudado, alzando un brazo, extendiendo una mano que tembló de forma ostensible, ante los ojos dilatados del joven guionista de los films de terror.

—Querido, ¿por qué te alteras así? —sonrió ella, con su dulce picardía de siempre, con su aire entre ingenuo y voluptuoso, que tanto influía en el éxito comercial de las películas de Hasper Films—. No soy ningún fantasma...

—No sé qué puedas ser, ni sé lo que está sucediendo..., pero los muertos no vuelven de sus tumbas, Hazel —habló roncamente Barry, en un esfuerzo supremo por serenarse en parte, quizá luchando por no enloquecer.

—Claro que no. Solamente en tus guiones, Barry —replicó ella, melosa y burlona a misma vez—. ¿Por qué dices esas cosas tan desagradables? Yo soy una mujer llena de vida, tú mismo lo estás viendo, amor... Soy la misma Hazel de siempre. La que cada día filma en estos Estudios tus películas de terror... Pero yo no soy nunca la que provoca el terror entre los hombres, sino solamente el deseo...

Estaba ya muy próxima a él. Le miraba profunda, extrañamente.

Barry Cole no podía ahuyentar de sus ojos la imagen de una Hazel Kerr desangrada, horriblemente seca, sobre un charco de sangre inmenso, con el céreo color de una muerte misteriosa, fantástica, que había vaciado sus venas y arterias, como lo hace con el acuanauta que se atreve a desafiar la presión de las profundidades.

Y ahora... Ahora Hazel volvía a ser ella.

Pero eso no era posible. Eso «no podía» suceder. Y estaba sucediendo...

—El forense... El forense dijo,, que ni una gota de sangre permanecía en tus venas, Hazel —habló Cole, casi agresivo, violento en su propia exasperada confusión y horror—. Estabas muerta. Clínica y físicamente «muerta», Hazel, ¿te das cuenta?

—No —ella pestañeó graciosamente. Luego soltó una breve risa burlona—. No me doy cuenta de nada. Sencillamente, Barry, amor mío..., estoy aquí. Llena de vida, ¿me ves? Mira. Toca mi rostro. Ven, roza mi cuerpo...

A pesar de la repugnancia instintiva de él, Hazel tomaba sus manos, las llevaba a sus mejillas, a su cabello, a su cuello... Cole notó el contacto suave, cálido, palpitante de la piel de ella. Notó sus formas rotundas y firmes, cuando Hazel, atrevida, llevó las manos de Barry a lugares más destacados de su anatomía.

—No, Hazel, no... —musitó, sintiendo un raro, pegajoso sudor helado en su frente, en sus manos y su rostro—. No lo hagas. No sigas... No necesito tocar más tu cuerpo. Veo que eres real, tangible... Que eres tú misma..., aunque no puedo entenderlo...

Y apartó vivamente sus manos de las sinuosas caderas de la hembra rubia, adonde ella le había conducido en una provocativa, desafiante actitud.

Hubo una risa larga y sarcástica, en algún lugar del set. Sobresaltado, de sorpresa en sorpresa, de escalofrío en escalofrío, Barry Cole giró la cabeza hacia otro extremo del terrorífico decorado.

No pudo dar crédito a sus ojos. La convulsión de pánico, de angustia, de incomprensión y desconcierto fue todavía mayor que antes. Aterrado, descubrió al nuevo personaje que surgía entre los retorcidos arbustos, con la mirada fija en él, y riendo burlona ante la escena que presenciaba.

Era otra mujer. Era...

—¡Dios mío! —susurró Cole, en el paroxismo del horror—. ¡Tú..., Vivían! ¡Mi esposa!

* * *

—Cariño, veo que Hazel te atrae más de lo que imaginaba... Es lógico que estés ansiando tu libertad...

Las palabras frías y acusadoras de Vivían le hirieron esta vez. No porque fuese su esposa, sino porque eran injustas. No porque parecieran una excusa para aquella separación, sino porque no eran ciertas. Además..., venían de una mujer que debía de estar muerta. Que estaba en la Morgue. Que, en definitiva, «ya no existía».

—Vivían, yo mismo te vi... —jadeó Barry Cole, tan maltrecho, tan alucinado como uno de los personajes de sus relatos, como uno de los héroes de sus fantasías literarias. Era como el castigo de algo sobrenatural, como una pesadilla delirante, increíble, angustiosa. Y añadió, roncamente—: Yo te vi muerta..., sobre tu propia sangre...

Pero no era una pesadilla. No era un sueño. El estaba ahora frente a Hazel, frente a Vivian... Frente a dos mujeres que no existían. Y que, increíblemente, atrozmente, habían regresado a la vida, para tortura suya. Para horror de él o de cualquier otro que hubiera podido verlas. Sólo que no había nadie allí.

Nadie, excepto él... y las dos mujeres vueltas de la tumba.

—Barry, no era yo —musitó ella—. No era yo, sino otro ser... Otro ser que ocupó mi lugar...

—Exacto, Barry —corroboró Hazel, apoyando sus manos en el brazo de él—. Era otra Hazel la que viste., Otro personaje extraño...

—¿Extraño?

—Sí. No era yo. No era Vivian. Eran... «otros» seres.

—¿Quiénes?

—Sería difícil de explicar, Barry —suspiró Vivian—. Te lo contaré más tarde, más despacio. Al principio no lo entenderás...

—¿Qué es lo que no entenderé?

—Lo ocurrido antes —sonrió Hazel—. Vivian y yo sabemos lo que ocurrió, pero no tú. Es como una pesadilla increíble.

—Una pesadilla increíble... —repitió roncamente Barry—. Eso es lo que me parece estar viviendo ahora...

—Esta es la realidad, Barry. La pura realidad —le señaló Vivian, también risueña, afable, tierna—. Lo demás es imaginación, espejismo, engaño puro...

—¿Qué clase de espejismo, qué especie diabólica de engaño?

—Eso es lo que quiero contarte —Vivian miró a Hazel—. Me corresponde a mí, no a ella. Aún somos marido y mujer, Barry. Ella es sólo una actriz...

—Hay más cosas. Muchas más de las que mencionáis. No sólo fuisteis vosotras, Vivian. Yo vi otros cadáveres desangrados... Ralph McGoohan, un funcionario del Gobierno... Sheila, tu hermana... Hurd, tu cuñado... Y el pequeño Jimmy, el sobrino de Hazel... Todos muertos. Todos víctimas del mismo extraño mal...

—¿Qué clase de mal, Barry? —sonrió Hazel.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Sólo sabemos que «algo» está ocurriendo. Algo que no es normal. Y cuando mayor es la confusión..., aparecéis vosotras, como dos fantasmas que vuelvan de ultratumba...

—Algo digno de Horror Films, ¿verdad? —se mofó agudamente Vivian.

—Esto no es un guión. No estoy viviendo «dentro» de una película de Hasper Films, sino en el mundo, en la vida real, en mi propia existencia. ¡Y quiero saber lo que sucede!

—Ya lo ves, Barry —era Hazel quien respondía—. Vivimos. Las dos. Eso es todo.

—¿Y Jimmy, y Sheila, y Hurd, y McGoohan?—replicó Barry, agresivo.

—Viven —rió Hazel—. Todos siguen vivos, Barry.

—¡Mientes!

—Yo estoy viva. También tu esposa. Eso no es mentira, ¿verdad?

—Pero los demás...

—Los demás, igual. Viven, Barry. Eso debería bastarte. Tienes mi palabra. Los verás en breve. Cuando quieras. Ven con nosotras y verás a Jimmy, a tus cuñados, a todos.

—No, no me basta eso. Aunque ellos vivan..., ¿qué ha pasado? ¿Qué está pasando? ¿Qué sucedió con los cadáveres, de dónde habéis llegado vosotras?

—Está bien, Barry —suspiró Hazel—. Tú eres imaginativo, inteligente. Puedes entenderlo, posiblemente. Inténtalo, cuando

menos. Yo soy Hazel. La verdadera, la única Hazel.

—Y yo soy Vivian —sonrió su esposa—. La verdadera, la única Vivian, Barry...

—¿Y... los cadáveres de Hazel Kerr y de Vivian Cole? —replicó Barry.

—Eran sólo cuerpos. Cuerpos imperfectos —explicó apaciblemente Vivian.

—Cuerpos, ¿qué? —jadeó Barry.

—Imperfectos—su esposa le miró dulcemente—. Viste a Hazel, a su sobrino, me viste a mí, a mi hermano y cuñado..., pero «no éramos nosotros». Eran otros.

—¿Qué otros? Pude identificaros sin lugar a dudas. ¡Todos lo hicieron!

—Sí. Porque eran iguales. Físicamente iguales. Pero cometieron errores. Y su estructura física no era idéntica. Algo les falló... y se desangraron. No debieron medir bien la presión terrestre. Y al venir de mundos de diferente presión, de estructuras físicas muy distintas..., ocurrió lo que ocurrió. Y el fraude fue un fracaso.

—El fraude... Físicamente iguales... Su estructura física no era idéntica... —Barry repetía cada frase, como un eco, como una letanía monocorde—. No midieron la presión «terrestre»... Vinieron... de mundos de diferente presión... ¡Vivian, eso significa que eran..., que eran... extraños!

—Eso es suspiró Hazel—. Al fin entendiste. Eran «extraños». Eran... invasores.

—¡«Invasores»!

—De lejanos confines del Universo —asintió Vivian—. Llegados de galaxias remotas.

—En forma de lluvia de semillas. Crecieron, germinaron, reprodujeron las formas que vieron... Captaron ideas, pensamientos, emociones, incluso lograron apresar la memoria de cada ser humano elegido...

—Cielos... ¡Las plantas amarillas!

—Sí, así son... Plantas, Barry. Plantas vivas, inteligentes..., llegadas del espacio exterior. Invasores vegetales, dispuestos a reproducir al ser humano en su exacta forma y aspecto, en sus ademanes, gestos, actitudes, modo de vida...

—¡Dios mío...! —se estremeció Barry—. Por eso Jimmy... decía

que McGooohan no era McGooohan. Por eso tú, Vivian... decías que Sheila y Hurd... no eran ellos...

—Sí, Barry. Así ha sido todo... —la triste sonrisa de Vivian fue elocuente—. ¿Lo vas entendiendo ya?

—No, no del todo —musitó él, con voz ronca—. ¿Cómo puedo entender semejante delirio?

—Has escrito cosas más delirantes en tu vida, Barry —le reprochó Hazel.

—Era diferente. Lo imaginaba yo. Ahora pretendéis decirme que hay cosas más fantásticas e inauditas que lo que uno puede sospechar... Por eso Jimmy aseguraba que veía a McGooohan diferente. Y tú, Vivian, a tu hermana y cuñado. Pero... Pero luego Jimmy cambió de modo de pensar... Y posiblemente tú, Hazel. Y tú, Vivian...

—Sí. Pero era solamente porque nosotras tampoco éramos ya nosotras. ¿Te das cuenta? Otras formas extrañas ocupaban nuestro lugar. Y por tanto, negaban que fuese cierto lo que las auténticas personas afirmaban. Era... Era una invasión gradual, medida, implacable y precisa, Barry...

—De modo que ahora..., según eso..., nada me garantiza que esté ante vosotras, y no ante unos seres de otro mundo, que fingen ser Vivian y Hazel.

—No seas tonto —rió Hazel—. Ahora te lo hemos explicado todo. ¿Lo hubiéramos hecho, de no ser nosotras mismas, y no ningún «doble» llegado del espacio?

—No sé... —Barry respiró hondo, sacudió la cabeza, aturdido. Se apoyó en uno de aquellos atormentados, sarmentosos arbustos del mundo de escayola y cartón donde se fingían horrores para las salas de cine; horrores que quedaban pálidos ante la alucinante realidad de unos hechos más allá de lo humano y lo terreno—. Decís... Decís... que «llegaron del espacio», pero, ¿de dónde?

—Eso, sólo esas «cosas» lo pueden saber —se encogió de hombros Vivian—. De repente llegaron a la Tierra, cayeron como una llovizna diabólica..., crecieron... y crearon ese horror viviente.

—Pero era agua turbia, eran plantas de corta vida... y luego fueron seres humanos, de carne y hueso. ¿Qué sentido tiene eso?

—Aparentemente, ninguno. Es una evolución desconocida para el hombre —musitó Vivian—. Primero agua, luego vegetal, y después

carne humana, con todos sus restantes tejidos y propiedades físicas... e incluso, tal vez, mentales. No podría decirlo, Barry, pero... estoy asustada. Y creo que lo estamos todos. Si esa... «gente», o... lo que sea, llegara a encontrar el medio de «reproducirse» correctamente, sin que la sangre fluya de sus arterias..., creo que podría ser la invasión total de nuestro planeta.

—Y mientras todo eso sucedía, ¿dónde estabais vosotras, las auténticas personas a las que esas «cosas», plantas o lo que sea, suplantaron ante nosotros? —preguntó súbita, y también agudamente Barry Cole.

Fue Hazel quien respondió con sencillez.

—Cautivas en alguna parte, Barry.

—Pero..., ¿dónde?

—No podemos saberlo —suspiró Vivían—. Perdimos la noción de las cosas. Fue como si nos envolviera una extraña niebla. Y dejamos de sentir, de pensar, de saber. Súbitamente también, hemos despertado, nos hemos encontrado en nuestras casas, como si nada hubiera sucedido...

—Tal vez porque «ello», lo que sea, dejó de ejercer sobre nosotras su influencia, y nos liberó del extraño cautiverio, del sopor o inconsciencia en que nos dejaron, para podernos suplantar.

—¡Dios mío, es para enloquecer...! —musitó Barry Cole, enjugándose el sudor de su frente de un manotazo—. Como una pesadilla...

—Una pesadilla que realmente sucedió, Barry —dijo Hazel, con un suspiro—. Afortunadamente, hemos salido de ella. Y queremos que no se repita.

—¿Cómo llegasteis hasta aquí? —indagó Cole, de repente—. Os habrán visto, habréis provocado más de un tremendo susto a la gente de los Estudios...

—No vimos a nadie, salvo a algún que otro empleado de servicio, que no se fijó en ninguna de nosotras, por fortuna para él —sonrió Vivían—. De otro modo, me temo que hubiera pasado un mal rato bastante serio...

—Ya podéis afirmarlo —Barry Cole sacudió la cabeza, perplejo—. Ahora debo ir a recoger algo que he encargado. No quiero seguir esperando aquí, ni tengo el menor deseo de ir a la cafetería.

—¿Qué es lo que tienes que hacer? —se interesó Hazel.

—Recoger un informe de Wayne Nelson —explicó Barry, evasivo—. Será un momento nada más. Esperadme aquí. Si Wayne os ve, nos quedamos sin él. No creo que su corazón soportara un impacto semejante. Primero será preciso explicar muchas cosas a la gente. Y me temo que no sea nada sencillo hacerlo...

—Está bien, Barry —musitó Hazel—. Ve allá. Vivian y yo te esperaremos fuera. Hay un coche en la puerta posterior de este cobertizo, con el que hemos venido a buscarte lo más rápidamente posible. Estaremos dentro.

—Conforme —aceptó Cole—. No tardaré nada. Pero por el amor de Dios, no os dejéis ver por nadie. La noticia de... de vuestra «muerte» ha recorrido el país.

—Tendría mucho de divertido, si no fuese todo tan terrible, Barry —dijo Vivian, con expresión sombría.

—Sí. Sería muy divertido —masculló Cole, sacudiendo la cabeza, como quien aparta de sí algo tan absurdo que no tiene el menor sentido.

Se alejó rápidamente hacia el Departamento Técnico de los Estudios. Dejó en el set del terror a las dos mujeres. Y cuando estuvo lejos de allí, por los largos corredores del edificio de servicios técnicos de la Productora, se preguntó si, realmente, había vivido todo aquello, o su imaginación le jugó una mala pasada.

Ahora, apartado de Vivian, de Hazel, todo parecía fantástico, inverosímil. Si le contaba a alguien que había visto ante sí a su esposa en trámite de separación legal, y a la famosa actriz sexy de la Hasper Films, le tomarían por loco.

«Ciertamente, no le diré nada a Wayne —musitó—. Ni a nadie. Esperaré a ver lo que opina de todo esto el inspector Edwards. Que él tome las decisiones pertinentes, si es que puede...»

Entró en la Sección de Botánica y Estudios de Vegetación para Escenografía. Varios de sus compartimientos y laboratorios aparecían desiertos, así como el pequeño museo de ejemplares de floras de todo tipo, de donde los expertos en escenografía y los diseñadores de producción extraían los datos e ideas para las películas donde las plantas tuvieran una importancia decisiva en el rodaje.

Solamente había luz en el pequeño recinto donde Wayne Nelson acostumbraba a trabajar. Barry se adentró en el lugar decidido,

empezando a hablar con tono vivaz, cuando vio a su compañero de trabajo, inclinado sobre una de las mesas de trabajo, bajo el cono intenso de una luz artificial, adecuada para su trabajo de investigación botánica.

—Wayne, me urgen los datos sobre esa ramita seca, y he preferido venir yo por ellos, en vez de esperarte en...

Se detuvo, enmudeciendo.

El horror le inmovilizó, ahogando su voz, sus palabras. Dejándole inmóvil, ante la escena espeluznante, demoníaca y terrible.

Wayne Nelson estaba allí, ciertamente, inclinado sobre la mesa de trabajo. La ramita seca, dispersa en menudos trocitos, con fibras bajo el microscopio y otros fragmentos en tubos de ensayo o sometidos a diversas reacciones químicas, estaba allí también.

Pero Wayne, sentado en un alto taburete, yacía de bruces sobre su trabajo. Inmóvil, encogido, extrañamente crispado, sin color. Tan seco y retorcido como la propia ramita.

Alrededor suyo, en muebles, en el suelo, en los muros, una auténtica orgía de sangre lo salpicaba todo, de modo terrorífico, alucinante.

Wayne Nelson había muerto. Desangrado, como todos los demás.

CAPITULO IV

El automóvil estaba aparcado justamente donde dijeran.

Era una alameda de asfalto, bien cuidada, recta y amplia, muy poco frecuentada, dentro de la auténtica ciudad del cine que eran los importantes Estudios de la Hasper Films. La sombra del gran cobertizo metálico donde se hallaba el *set* número seis prestaba cierta recoleta discreción al lugar, poco frecuentado habitualmente, ya que enfrente de aquel muro del cobertizo, se hallaban solamente las instalaciones de un lago artificial, con un viejo galeón siniestro, digno de figurar en una versión cualquiera de *El buque fantasma* o *El holandés errante*, y una jungla artificialmente mantenida, donde plantas carnívoras gigantescas, obra de los escenógrafos, se confundían sorprendentemente con la flora auténtica de la Naturaleza, sin revelar al profano su condición de pura escenografía en plástico.

El coche era el largo modelo «ranger» de Vivían, con capacidad para ocho personas como mínimo, de limpio color madera y *beige*.

Barry Cole se llevó la sorpresa de descubrir que las dos mujeres no le esperaban solas. Dentro del vehículo estaban también el pequeño Jimmy, Sheila y su marido Hurd. Todos mostraron su alegría al verle. Y también alivio.

—Estábamos inquietos —declaró Hazel, mirando en torno, al luminoso y apacible mediodía, que parecía alejar de uno toda idea de que algo anormal pudiera estar sucediendo en alguna parte—. La verdad es que ya no podemos vivir tranquilos, después de lo sucedido. ¿Subes al coche, Barry?

—Sí —suspiró Cole—. Llévame a cualquier parte. Tengo que hablar con la policía. Urgentemente.

—¿La policía? —Hurd frunció el ceño—. ¿Ocurre algo malo, Barry?

—¿Te parece poco lo que está ocurriendo? —Barry clavó en su cuñado los ojos dilatados, estremecidos.

—Te entiendo, pero, ¿puede la policía ayudarnos a todos..., frente a esas «cosas» llegadas de sólo Dios sabe dónde? —dudó ostensiblemente Hurd Sutton.

—No lo sé. Pero hay que informarles de muchas cosas. De vuestra

historia, de la terrible experiencia que vivisteis, de todo en absoluto. Es preciso desenterrar los «cadáveres» o lo que haya ahora en la tumba, en vuestro lugar, o bien estudiar en la Morgue a cada cuerpo aún sin sepultar, para averiguar, cuan do menos, la naturaleza de esa falsa materia viviente con que «ellos» suplantán la especie humana. Pero además, hay algo que deben saber, y cuanto antes. Algo vital.

—¿Qué es ello, Barry? —se inquietó Vivian.—Lo que sea, «eso» que hay suelto por Inglaterra, por el mundo, sigue atacando. Y cosechando víctimas.

—¿Es posible? —Sheila, su cuñada, abrió mucho los ojos.

—Y tan posible —afirmó Cole—. Ahora se trata de Wayne Nelson.

—¿Wayne, el botánico? —se sorprendió Hazel.

—El mismo. Está muerto. No sé si es él, o es uno de esos seres. Está bañado en sangre, vacío por completo de la más leve gota de plasma sanguíneo en sus venas y arterias.

—Entonces..., es uno de «ellos» —sentenció Vivian.

—Si es así, el auténtico Wayne está en alguna parte, como estabais vosotros —jadeó Barry—. Hay que dar con él, antes de que sea tarde. Por eso es preciso ver a la policía, contar lo que sucede al inspector Edwards, de Scotland Yard. El debe veros, darse cuenta de que no imagino cosas... Supongo que no tendréis inconveniente en venir conmigo a verle...

—Claro que no, Barry —suspiró Hazel—. Iremos adonde sea.

—Adonde sea, puedes estar seguro —corroboró Hurd.

—Gracias a todos —suspiró él, entrando en el asiento delantero del coche «ranger», junto a Hurd, que conducía. A su lado, se acomodó Vivian. Hazel lo hizo atrás, con Jimmy y con Sheila—. Vamos ya. Cuanto antes aclaremos todo esto, tanto mejor.

El automóvil arrancó velozmente, marchando con suavidad hacia la salida de los amplios Estudios Hasper, casi inactivos ese día.

Cuando avistaron la conserjería de salida, con sus agentes uniformados y el encargado de los accesos á la ciudad del cine, Barry expuso una prudente idea:

—Será mejor que te ocultes bien atrás, Hazel. Te conocen demasiado aquí, saben que..., que estás oficialmente muerta, y podría provocar conflictos tu presencia aquí en estos momentos. No

hay tiempo de explicaciones, de modo que vale más no entretenerse con nadie. Agáchate, cubre tus cabellos con algo, y no dejes ver tu rostro. Por fortuna, creo que el conserje no conoce a Vivian ni a los demás.

—Es cierto —sonrió Hurd, fija la vista ante él—. Con nosotros no habrá problema, pera el rostro de Hazel es inconfundible, incluso para los profanos en el cine...

Llegaron a la salida. El conserje se acercó, saludando cordial a Barry Cole. Miró con indiferencia a Hurd y Sheila, e incluso al pequeño Jimmy, que le era prácticamente desconocido. Hazel, cubierta con un amplio sombrero de paja de Jimmy, y la faz inclinada, no fue vista por el hombre uniformado, con el emblema de Hasper Films en su guerrera.

—Hola, señor Cole —saludó respetuoso—. ¿Ya en marcha?

—Sí, Ben —afirmó Barry—. Tengo cosas que hacer.

—Comprendo. Los Estudios están parados con esos horribles sucesos y lo de la señorita Kerr... Pobre muchacha... Tan hermosa, tan célebre, tan excelente actriz... Ha sido una pérdida muy grande para todos...

—Muy grande—asintió Cole, pensativo—. Bien, le dejo, Ben. Tengo prisa hoy...

—Ah, un momento —avisó el conserje—. Tengo un recado para usted.

—¿Para mí?

—Fue una llamada telefónica. De la señorita Lee. Pero no pude localizarle, y me dejó el encargo para que se lo transmitiera, si le veía.

—¿Leé? ¿Leslie Lee, tal vez?

—Eso es. Leslie Lee, del *Picture Weekly*. Esa bonita periodista especializada en chismes cinematográficos.

—Bien... ¿Y qué quería ella?

—Hablar con usted, sobre los sucesos actuales. Parecía vivamente interesada. Dice que necesita a toda costa, lo antes posible, una entrevista en exclusiva, para un amplio reportaje... Ha quedado en llamarle de nuevo, o en ir a su domicilio.

—Está bien, gracias —suspiró Cole—. La Prensa debe ser atendida. Y más Leslie Lee, cuya columna de actualidad en su semanario cinematográfico, su emisión de la radio o su programa de

televisión dedicado al cine, puede echar por tierra o levantar a la cumbre una película, Ben. Eso forma parte del negocio del espectáculo, y hay que cuidar las relaciones públicas. Veré a Leslie Lee en cuanto pueda. Gracias, Ben. Hasta mañana.

—Hasta mañana, señor Cole. También hubo una llamada del Ministerio del Interior para usted, pero ellos no dijeron nada. Se limitaron a decir que ya le verían más tarde.

Cole, preocupado, asintió, y Ben autorizó la salida del coche, tras una ojeada al interior, aunque preguntó qué eran los bultos que llevaban en la parte posterior del «ranger» y Hurd fue quien se lo explicó :

—Es el coche que uso para las excursiones del fin de semana. Llevo ahí mis útiles de caza y pesca. Y la tienda de camping, y todo eso. Si quiere verlo...

—No, no, es suficiente —y Ben despidió al coche, que se perdió por la carretera que conducía al centro urbano londinense.

Cole iba ceñudo, preocupado. Junto a él, Hurd conducía con mano firme, como siempre. Vivían no le quitaba ojo. Atrás, Jimmy recuperaba su sombrero de paja, y Hazel suspiraba, incorporándose, y estirando la blusa sobre su busto impresionante.

—Uf, empezaba a cansarme de la postura —confesó la opulenta actriz de Hasper Films—. Barry, no pasa un momento sin que una vaya de sobresalto en sobresalto...

—Dímelo a mí —masculló Cole, irritado—. El Ministerio del Interior...

—¿Qué pueden querer de ti ellos? —se interesó Hurd, sin desviar la mirada de la carretera.

—No sé —Barry se encogió de hombros—. Posiblemente el funcionario McGooohan haya reaparecido también, vivito y coleando.

—Debería sentirme celosa, Barry..., si aún fuese tu esposa, con todas las consecuencias, y no una mujer que espera el divorcio —habló Vivían de repente.

—¿Celosa? ¿De quién? —dudó Cole—. ¿De Hazel otra vez?

—No me refería ahora a Hazel, cariño..., sino a Leslie Lee.

—Oh, ella... —Barry rió entre dientes—. Es una periodista, recuerda.

—La recuerdo muy bien. Por eso provoca en mí cierta..., digamos envidia femenina.

—¿Envidia? Es ridículo. Nunca fuiste celosa ni envidiosa, Vivian. Además..., entre tú y yo no queda ya nada. Sólo nuestra buena amistad, querida. Hace tiempo que llegamos a esa conclusión, y no hay motivo para rectificar. Por otra lado, eres bonita, atractiva, inteligente... ¿Qué puedes envidiarle tú a Leslie?

—Es algo más joven que yo. Y más atractiva. También sé que te gusta, Barry.

—¿Leslie? —dudó Cole, sorprendido, pestañeando—. Es una buena amiga. Me ha hecho entrevistas, hemos almorzado juntos a veces, por motivos profesionales. Y eso es todo.

—Leslie Lee, además de una periodista inteligente y famosa, es tremendamente atractiva, llena de seducción, de feminidad... y está chiflada por ti. Eso, a una mujer, no se lo puede ocultar otra mujer, Barry.

—Es la primera noticia que tengo —se intrigó Barry, desorientado—. Sabes mucho de Leslie, para vivir alejada del mundillo del cine, Vivian.

—Siempre me preocuparon las mujeres de tu vida, Barry —suspiró Vivian—. Estoy segura de que el día que te divorcies de mí..., definitivamente, claro, y con la sentencia en firme, terminarás por casarte con otra chica, para olvidar el fracaso de nuestro matrimonio y buscar la suerte en otro. No me sorprendería que esa chica fuese Leslie...

Le dijo con un gesto tirante, hosco. Barry Cole rió entre dientes.

—Lo dices como si odiaras a esa mujer —comentó, irónico.

—Creo que de los celos al odio hay un paso —miró fijamente a su marido—. Barry, aunque entre nosotros todo se haya hundido, yo sigo queriéndote. Te amo, en el fondo.

—Lo siento —suspiró Cole, ceñudo—. Quisiera pensar igual. Pero mentiría. La hipocresía o el engaño, no van conmigo, Vivian, tú lo sabes.

—Sí —musitó ella—. Yo lo sé.

Y se quedó mirando fijamente la carretera. Un indicador señaló la distancia a Londres. Era ya solamente de tres millas.

Barry Cole vio cruzarse con ellos un coche turismo, provisto de remolque con canoa a motor fuera borda. Sobresalían de las ventanillas útiles de pesca, y sus ocupantes, jóvenes todos, le saludaron alegre, jovialmente, agitando sus brazos. Hazel y Jimmy

respondieron al saludo. Barry lanzó un suspiro.

—Tan alegres, a divertirse en las afueras —comentó entre dientes—. Y mientras tanto, posiblemente Londres, Inglaterra, Europa entera, acaso el mundo todo..., sufre el peligro de una espantosa invasión..., llegada de otros mundos.

—Habrá que informar a todos —asintió Hurd, ceñudo. Sin mirar a Cole, indagó—: Supongo que tú mismo lo harás, apenas lleguemos a Londres...

—Es lo primero que debo hacer. Rendir informe a Scotland Yard, al Ministerio... Es preciso adoptar medidas, incluso tal vez de tipo militar.

—¿No estás exagerando, Barry? —dijo suavemente Vivian—. Después de todo..., sólo «ellos» han muerto, no nosotros. Se agostan, como sus semillas malditas, eso es todo...

—*La guerra de los mundos* hablaba de marcianos que morían porque la Tierra no era lugar adecuado para ellos, pese a su victoria militar sobre nuestro planeta —evocó Cole la ingenua, pero tremenda obra remota de Wells—. Ahora no sabemos si puede repetirse la ficción en la pura realidad... o terminar «adaptándose» esas plantas vivas e inteligentes, de naturaleza mutante, a las condiciones de vida en la Tierra. Ante esa horrenda posibilidad, es preciso tomar medidas rigurosas. De todo tipo. Esto, amigos míos, es una emergencia. La más espantosa emergencia jamás surgida.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —suspiró Hurd Sutton, virando en una curva cuyas cunetas aparecían ricas en espesura—. Hay que hacer algo. Y pronto. O ellos lo invadirán todo, si las semillas se expanden por doquier...

Cole no dijo nada, limitándose a asentir en silencio. Por el retrovisor, estudió, preocupado, a la superficial, voluptuosa y curvilínea Hazel, a Jimmy, que tarareaba una cancioncilla infantil, a Sheila, que miraba indiferente hacia la ventanilla del coche...Detrás, la velocidad de la marcha agitaba los bártulos de Hurd, sus útiles de esparcimiento y camping, los objetos para caza y pesca. Una lona bien asegurada cubría todo ello, revelando sólo los contornos de los bultos.

De repente, la idea asaltó la mente de Barry Cole. Un sudor frío empapó las palma de sus manos, apoyadas en las rodillas, junto a las piernas bien torneadas de Vivian, muy pegada a él. Retiró las

manos, para que no se notara su repentina humedad gélida y viscosa. Tragó saliva, apretando los labios, dominándose cuanto pudo, manteniéndose normal en su asiento.

Lo había recordado de súbito. Con un brutal destello de luz que hirió su menté, llevando un escalofrío a su espina dorsal.

Se sintió tremendamente incómodo, como si mil ojos hostiles y feroces se clavaran en su nuca. Sin embargo, nadie le miraba desde atrás. Por el retrovisor, la imagen de los viajeros posteriores era de total indiferencia.

Miró las manos de Hurd, aferradas al volante. Observó, una vez más, la ausencia del dedo índice de su mano derecha... Y recordó algo, relacionado con aquella antigua amputación de su dedo, en un accidente.

Recordó unas palabras de Vivían, perdidas ya en el tiempo, en el pasado de su vida matrimonial, cierto día que iban a ir de camping, en un *weekend*:

—Iremos solos, con Sheila por toda compañía, querido —había dicho Vivían entonces.

—¿Y tu cuñado? ¿No viene Hurd? —fue la pregunta de él.

—¿Hurd? ¡Cielos, no! Detesta el camping. Jamás dormiría bajo una tienda, no le gusta pescar en absoluto, y odia la caza, quizá porque la falta de su dedo índice le impide manejar una escopeta con habilidad, ya que ni siquiera puede disparar el gatillo, pobre Hurd...

«Detesta el camping... Jamás dormiría en una tienda... No le gusta pescar... Odia la caza...»

Cole miró de nuevo los bultos, hacinados atrás, en el coche. Útiles de caza y pesca, una tienda de campaña... Todo lo que aborrecía él. Y había dicho a Ben que lo llevaba allí...

—¡Detén el coche un momento, Hurd, te lo ruego! —hablo Cole de repente, con un destello de agudeza y astucia.

—¿Eh? —le miró, sorprendido, acaso desconfiado, reduciendo la marcha, sin detenerse—. ¿Qué bicho te ha picado, Barry? Dijiste que tenías prisa por llegar...

—Haz lo que te he pedido —insistió Barry—. He visto algo.

Apelaba a toda su capacidad de fingimiento. Quería ser un buen actor, al menos ahora. Como si en vez de escribir guiones para Hasper Films, los tuviera que interpretar ante las cámaras. Mientras

Hazel no notara su falsedad...

—¿Qué viste? —pareció inquietarse Vivian.

—Allá atrás, entre los setos —señaló Cole hacia la cuneta derecha de la carretera, a sus espaldas—. Estoy seguro, Hurd. Es importante comprobarlo...

—Comprobar..., ¿qué? —frunció el ceño su cuñado.

—Un coche entre los arbustos... La portezuela abierta —jadeó Cole, como impresionado terriblemente por algo; y eso sí que no tenía que fingirlo en absoluto. Mintió, con su mayor sangre fría—. Había un conductor abatido, había algo rojo, muy rojo... extendido...

—¿Sangre? —dudó Vivian—. ¿Otro... de «ellos»?

—Eso me temo —comprobó, satisfecho, que Hurd frenaba al fin, pegando el coche a los setos de la izquierda—. Vivian, déjame salir. Vayamos a ver eso, a comprobarlo...

—Yo no observé nada —dijo Hazel.

—Tampoco yo —confirmó Sheila.

—Ni yo —corroboró Jimmy.

—Dios quiera que tengáis razón y todo haya sido imaginación mía —masculló Cole, lívido, por razones muy diferente a las que exponía—. Pero me temo que no...

Vivian abrió la portezuela y bajó. Rápido, Cole lo hizo también, respirando hondo al sentir sus pies en el asfalto, fuera del coche donde permanecía sentado entre su esposa y su cuñado.

—Un momento... —dijo. Y cruzó a la carrera la cinta de asfalto, añadiendo en voz alta—: ¡Vuelvo en seguida, esperadme!

Se metió entre los arbustos, al lado opuesto. Dos automóviles cruzaron en sentido opuesto, haciendo sonar sus claxons. Cole, apenas salvó la barrera de espesura, emprendió carrera.

La más veloz, desesperada y angustiosa carrera de su vida.

Se alejó de la carretera, del automóvil «ranger» de Hurd, de todos los que le acompañaban en aquel apacible regreso a Londres...

A campo través, entre arbustos, bosque y desigualdades del terreno, Barry Cole saltaba con larga, elástica zancada, despavorido. Mirando atrás, escudriñando la distancia, temiendo en cualquier momento ver tras de sí a Hurd, a Vivian, a Hazel, a Sheila, al propio Jimmy, con sus pocos años...

Ahora sabía lo que era el terror. Ahora sabía lo que era huir de algo demoníaco e indescriptible, que se cerraba sobre él como un

dogal siniestro...

Huía. Huía a la desesperada.

Huía de ellos. De su esposa, de sus cuñados, de su actriz predilecta, de todos...

Huía, porque ahora sabía que todo formaba parte de un colosal, diabólico engaño.

Huía de «ellos». De los auténticos enemigos. De alguien que no era ya quien decía ser. Aquellos «no eran ellos». Ni Vivían, ni Hurd, ni Hazel, ni Sheila ni Jimmy...

No. No eran ellos. Eran..., «los otros».

Las semillas vivientes. Los vegetales mutantes. Los que llegaron de otros mundos.

TERCERA PARTE

LA NOCHE

CAPITULO PRIMERO

La persecución había comenzado.

Se detuvo, jadeante. Escuchó, apoyado en un árbol.

Estaban corriendo en pos de él. Habían descubierto el engaño. Sabían sus intenciones. Ahora ya no había error. Ahora sabían lo que buscaban.

«Le buscaban a él».

El sabía demasiado. El había descubierto la verdad, el atroz engaño.

Por eso Vivian y Hazel sabían tanto de lluvia de otros espacios cósmicos, de semillas de otros mundos, de entes vegetales, vivos e inteligentes, de semillas amarillentas, dotadas de cerebro o cosa parecida. Capaces de cambiar, de mutaciones físicas. Capaces de absorber a seres vivos, de reproducirlos, de imitarlos, de hablar, pensar, incluso de recordar como ellos, absorbiendo también su memoria...

Por eso le refirieron lo que nadie podía saber. Porque conocían la verdad. Porque era su verdad. Y no les importó facilitársela. Entre otras cosas, porque Barry Cole estaba ya sentenciado de antemano. Tenía que ser uno de ellos. Iba a serlo, de hecho.

Jamás hubieran llegado a Londres. Allí, en aquel coche «ranger», rodeado de extraños, ¿qué hubiera podido hacer Cole, de no mediar su truco, su audaz y desesperado truco, cuando ellos aún ignoraban que él sabía...?

Sólo cometieron un error. Uno solo. Y fue Hurd quien cayó en él. O lo que fuese, en realidad, aquello que ahora tenía la apariencia y los recuerdos personales de Hurd.

La mente del falso Hurd, o lo que en lugar de mente tuvieran en sus cerebros, había fallado en rapidez de reflejos, de ideas propias. Y dijo algo imposible en él: caza, pesca, camping. Tres cosas que el auténtico Hurd jamás hubiera practicado.

¿Qué llevaban ellos detrás del coche «ranger», cubierto por la lona? Sólo los interesados podían saberlo. Pero su excusa fue el fallo que? dio la posible salvación a Cole...

¿Salvación?

Barry dudó, mientras emprendía de nuevo rápida carrera entre

aquel laberinto de arboledas y de frondas. Miró atrás. Los ramajes lejanos se agitaban. El aire de la tarde le trajo sonido de voces, carreras, quebrar de ramas... Se estremeció.

La más horrenda cacería había empezado. Hombres contra hombres, en apariencia. Seres queridos suyos, amigos entrañables... a la caza voraz del fugitivo.

Era demoledor, pero no quedaba ya gran cosa de todo eso; ni seres queridos, ni amigos, ni nada de nada...

Mientras corría, exasperado, sin importarle los arañazos, las heridas, el desgarrar de sus ropas en los arbustos, la mente de Cole trabajaba a velocidad de vértigo, presionada por las angustiosas circunstancias.

Cuanto ellos dijeron, era cierto sin duda. Sólo había un factor alterado intencionadamente. Vivian y Hazel dijeron que las víctimas, los seres desangrados eran ellos, los invasores de otros mundos.

No. Eso no era cierto. Era justamente al revés.

Hazel y Jimmy estaban muertos. También Vivian, Sheila, Hurd... Y Ralph McGoohan, ¿n el Ministerio del Interior. Y Wayne Nelson, en el Departamento Técnico de los Estudios Hasper...

Muertos. Todos.

Los que vivían, los que ahora pululaban tras él, en una búsqueda alucinante... eran los otros. Semillas vivas. Semillas monstruosas, hechas carne humana, o la apariencia de tal. Con cerebros que podían recordar, pensar, reaccionar como los humanos. Con voces idénticas, con ademanes, gestos, con todo. Al captar la memoria, la voluntad, se hacían dueños virtuales del ser absorbido y reproducido.

Si él hubiera escrito esto para Hasper Films, le hubieran tachado de fantástico. Y estaba sucediendo. Le estaba sucediendo a él.

Se detuvo de nuevo, conteniendo la respiración, procurando no hacer ruido. Escuchó.

Algo iba mal. Ellos estaban más cerca. Ganaban terreno.

—No puede ser —jadeó—. Soy rápido, más rápido que Hurd, que ellas... ¡No pueden estar dándome alcance!

Pero los sonidos de ramajes rotos, el chasquido de arbustos movidos, el rumor de voces era algo demasiado cercano, demasiado inmediato ya. No distaban ni cien yardas de él, cuando al menos deberían separarles ya trescientas.

Eran más veloces. Más ágiles...

Acaso su naturaleza mutante les prestaba esa facultad si querían apelar a ella. Eran auténticos enigmas vivientes, monstruos desconocidos para el hombre. Le estaban cercando, rodeándole...

Tomó aliento. Siguió su carrera. Debía hacerlo. Debía huir, huir siempre. Ni siquiera podía correr el riesgo de detenerse, de ocultarse... Acaso fueran hipersensibles, acaso detectasen la proximidad de un ser oculto. El riesgo serio entonces demasiado grande.

Era preciso intentarlo. Escapar como fuese. No . tenía ya ni noción del lugar en que podía hallarse. No conocía aquel bosque, aquellos parajes. Su rutina era siempre la misma: de Londres a los Estudios, y de los Estudios a Londres. Jamás se detuvo a explorar la campiña, a perder unas horas recorriéndola entre la espesura. Se arrepentía ahora de ello. Pero era tarde.

Su carrera le llevó ante unos altos setos que le parecieron conocidos. Los salvó desesperadamente, enganchándose en ellos, rasgándose un bolsillo de su chaqueta, e incluso perdiendo un zapato, y no volvió para recogerlo.

Se encontró en el borde de la carretera. Justo frente al coche «ranger» aparcado.

Sus ojos dilatados se fijaron en el lugar. Había corrido en círculo, sin saberlo. Retornó al punto de partida. Hubiera sido cómico en otra situación. Ahora nada tenía verdadera gracia. El sentido británico del humor de Barry Cole no llegaba a tanto.

Miró a un lado y otro. Nadie. No habían dejado a nadie junto al coche o dentro de él. Por fortuna, todos corrieron en pos de él.

Cruzó el asfalto a la carrera. Alcanzó el vehículo. Sus ojos se clavaron en las llaves, colgando del encendido. Probó la portezuela. ¡Estaba sólo cerrada de golpe!

Un tremendo suspiro de alivio escapó de sus labios. Se volvió. Un escalofrío sacudió su cuerpo.

—¡Ellos! —aulló.

Ya estaban allí. Saliendo entre los setos de la carretera. Mirándole aviesa, cruel, implacablemente.

Abrió la portezuela de un tirón. Entró en el coche. Ellos comenzaron a correr, cruzando la calzada de asfalto...

Un camión hizo sonar desesperadamente su claxon. Se echaron

atrás algunos del grupo. Jimmy, no. Tampoco Hurd...

Hurd pasó, saltando delante del vehículo. Jimmy se quedó debajo.

El camión le trituró, le aplastó contra el asfalto brutalmente. El conductor, con los ojos desorbitados, intentó evitarlo. No pudo. Arrolló al falso niño, se desvió en su esfuerzo, se fue contra un grueso árbol... y allí se estrelló, con tremendo estrépito de vidrios y hierros aplastados.

Cole, angustiado, vio el cuerpo, desgarrado, el rostro sangrante, deshecho, del pobre camionero.

Las llamas empezaron a surgir del coche incendiado tras el choque. Hurd, sin inmutarse, llegaba ya al coche «ranger». Cole había girado la llave. Rugía el motor; Lo puso en marcha. Miró de soslayo, al arrancar, hacia donde fuera aplastado Jimmy... o lo que fuese.

Un escalofrío agitó el cuerpo encorvado del escritor. El coche arrancó veloz. Hurd se había aferrado al guardabarros. Le arrastró Cole, mientras la imagen pavorosa de Jimmy, aplastado en el asfalto, le perseguía como una pesadilla.

No había sangre. Ni tejidos, ni huesos, ni restos humanos. Nada que recordara a un niño aplastado.

Allí, donde el camión siniestrado arrolló a Jimmy..., sólo se veía, pegado al asfalto, una baba verdosa, unos jirones entre amarillentos y verde lívidos, como si las ruedas del camión hubieran triturado un manojo grande de plantas frescas.

Eso era el falso Jimmy, después de muerto...

Hurd colgaba aún del coche, sujeto con rabia a él. La velocidad aumentó al hundir Cole despiadadamente el pie en el acelerador. Hurd fue rebotando en el suelo. No sufrió heridas, ni rasguños, ni golpe alguno visible. Era como arrastrar un muñeco de goma.

Finalmente, se desprendió de él, le vio rodar por el asfalto, dando volteretas grotescas, con expresión de furia, de odio, de despecho...

Cole voló materialmente por la carretera, devorando millas hacia Londres, hacia un puerto de salvación, el que fuese...

Y sus ojos, por el retrovisor, se fijaban, angustiados, en aquellos bultos tapados por la lona. Acaso la prueba única, decisiva, para demostrar al Ministerio del Interior que el dossier azul había sido siempre la clave de todo, como temiera Basil Justin.

Objetos volantes no identificados. O lluvia turbia, o semillas caídas del cielo...

Sir Richard Biggs también tuvo razón. Y él, en sus teorías y deducciones.

Todo era cierto. Espantosamente cierto.

¿Qué llevaría allí atrás? Hubiera querido alzar la lona, verlo. Pero no tenía tiempo. Ellos podían perseguirle, reanudar la alucinante búsqueda del hombre que podía levantar la voz y avisar a todo el país, a todo el inundo...

Londres estaba ya cerca. A la vista, frente a él, brumoso e inmenso. Pero no era su día de suerte.

Repentinamente; un neumático se ablandó, con repentino estallido sordo. Pudo ir frenando del mejor modo posible. Detuvo el coche contra unos arbustos, pegado a un árbol, donde se rozó violentamente la carrocería, abollándose.

Atrás, a su espalda..., los bultos tapados se agitaron.

Estaban cobrando vida, fuera lo que fuese lo que allí hubiera.

CAPITULO II

Barry Cole no se detuvo a comprobar nada.

Saltó del asiento, aferrando el pestillo de la portezuela. Tiró de él, violentamente, para salir al exterior. La portezuela no se movió.

La abolladura contra el árbol había inmovilizado el pestillo, atascándolo. Estaba encerrado. La otra portezuela se pegaba materialmente a un macizo de fuertes arbustos, y aunque se abrió, no cedió más de dos pulgadas.

Sudoroso, lívido, volvió a mirar atrás. La lona comenzaba a deslizarse, lenta, pausada, terriblemente...

Cole jadeó, cargando en vano contra las portezuelas. Idéntico resultado.

—Estoy encerrado —susurró—. Encerrado con... con algo vivo. Con eso... que hay detrás..., cobrando vida...

La lona se deslizó de golpe, ante los ojos desorbitados de Barry Cole.

Y aquello quedó al descubierto. Moviéndose. Alzándose hacia él.

Un ronco grito de pánico brotó de los labios de Cole.

Esperaba algo espantoso. Pero no tanto.

* * *

Era como ver fetos enormes. Muñecos a medio hacer. Maniqués sin rostro, sin forma apenas, pero con cuerpo de hombre, con brazos, piernas, tronco, cabeza..., todo a medio modelar, imperfecto... y sin rostro.

Óvalos lechosos, casi rosados, cuerpos amarillento-verdosos, desnudos de ropas, sin formas apenas. Sin ojos, boca o nariz. Como pieles de trapo o monigotes. Pero vivos.

Incorporándose, moviéndose igual que marionetas de goma blanda, fofa. Reptando unos sobre otros, en número al menos de dos o tres docenas. Tratando de extenderse, de invadir el interior del coche, de aplastar acaso a Cole, de... de absorberle...

Cole entendió. Vio, debajo del manojó de cuerpos alucinantes, semillas amarillas, pequeños bulbos vegetales de color azufre...

Semillas.

Eso eran, simplemente. Semillas vivas. Cuerpos en embrión. Reproducciones humanas, en período de formación...

Los invasores más terribles y alucinantes que se podía imaginar. Cada semilla, un ser. El mundo avasallado, demolido en días, en semanas o meses, todo lo más...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —jadeó Cole, horrorizado.

Y entonces recordó algo simple, ridículamente sencillo y fácil. La ventanilla, el cristal...

Pudo accionarlo, hacerlo bajar. Su cuerpo elástico, esbelto, se deslizó por el hueco. Alcanzó el exterior, cuando ya algo babeante y frío rozaba su pie descalzo. Uno de los entes monstruosos le había alcanzado. Por fortuna, sólo fue un roce como con algo vegetal mojado y blando. Lo dejó atrás. Alcanzó los arbustos, luego corrió a la carretera...

Hizo señas desesperadas a un autocar, pero no se detuvo. Tampoco un pequeño «Morris», que aceleró al verle. Cole, ciertamente, pensó que no tendría un aspecto muy agradable: roto, sucio, arañado, sangrante, despeinado... Podía parecer cualquier cosa menos un hombre respetable, digno de que un automóvil se detuviera en aquella carretera de tercer orden. . '

Miró atrás. El coche «ranger» rebosaba ya formas inconcretas, viscosas, semideformes, como criaturas embrionarias, como fetos vivientes, que crecían y se distendían, en un despertar abominable.

Corrió, desalentado, jadeante, carretera arriba, hacia Londres. Agitaba sus brazos con exasperación. Nadie se detuvo. Volvió un recodo, dejando de ver el coche «ranger» con su carga infernal.

Aún tuvo que recorrer más de doscientas yardas sin que ningún coche se detuviera. Y por último, uno lo hizo, con chirriar de frenos. Cole se detuvo, jadeante, esperanzado, patético.

—¡Por el amor de Dios! —suplicó—. ¡Al fin...!

—¡Barry Cole! —exclamó una voz—. Pero, ¿qué haces de ese modo?

Se asustó al ser llamado por su nombre. Se puso en guardia, desconfiado. Miró con un gesto de temor a la persona que saltaba del cupé rojo, deportivo.

—Dios sea loado... —se tranquilizó—. Leslie Lee en persona.

Y se lanzó casi en brazos de la pelirroja de audaz minifalda, hermosas y bien torneadas piernas, y deslumbrantes ojos pardos.

* * *

—No hay nada, Barry. Absolutamente nada.

Cole pestañeó. Señaló el lugar, perplejo.

—Pero... pero ¡estaba aquí! —jadeó—. Lo dejé hace un momento. Contra ese árbol, hundido ahí... Mira, Leslie... ¡Mira las huellas de neumáticos!

—Veo todo eso, Barry —dijo ella, seriamente—. Pero nada más. Ni rastro del coche.

—No puede ser... —Miró en torno—. ¡No puede ser!

—Hubo un coche, es cierto. Alguien se lo llevó.

—No es posible... Esas,.. Esas cosas no podían llevarlo... ¡Ni siquiera eran aún seres humanos completos! Eran embriones, fetos o algo así...

—Barry... —le miró con reproche ella—. ¿Estás preparando una campaña publicitaria para una nueva película de terror? Si es así, te diré que el truco es ingenioso, pero no voy a tragármelo.

—Oh, Leslie, olvida ahora el cine y todo eso —se exasperó Cole—. Lo que sucede es real, ¿entiendes? Avisa a Basil Justin, del Servicio de Inteligencia, a David Edwards, de Scotland Yard... Ellos saben que es cierto, aunque ignoran lo que yo he descubierto, Leslie.

—Sí, ya sé. Lo que me has contado. Esa fantasía para tu próxima película... Hombres a medio hacer. Vegetales que se convierten en seres humanos, como criaturas en una gestación humana... ¡Es una idea horrible y repulsiva!

—Horribles y repulsivos... Así son ellos, Leslie. Cuando son vegetales, parecen plantas normales. Tienen corta vida. Se transforman. Son mutantes. Imitan al ser humano, de un modo realmente perfecto. Pero antes deben destruir a quien copian. Los desangran, no sé por qué. Y ocupan su lugar. Ellos ni siquiera tienen sangre, materia humana ni nada. He visto morir a uno, aplastado por un camión. Era sólo pulpa verdosa, como si hubieran triturado

un cacto, o algo así... No parecía humano...

—Barry, tu imaginación ha creado cien campañas diversas, pero ésta es la más ingeniosa de todas..., aunque también la de peor gusto.

Los ojos pardos de la bella periodista recorrieron el paisaje apacible, tranquilo. Coches turismos circulaban en ambas direcciones con rapidez. Nada aparecía anormal allí.

Barry Cole sabía cuándo chocaba con un muro de incompreensión, difícil de derribar. Era como aquella vieja fábula infantil del lobo y los corderillos. Había llegado su turno.

—Tienes razón —suspiró—. Perdona, Leslie. Tantas veces inventé mentiras, engañé a la gente con trucos de publicidad, que alguna vez debía recibir el justo pago. Vamos, te lo ruego. Al menos, llévame a Londres. Es lo único que te pido.

—Lo haré gustosa. Iba a los Estudios a verte, Barry. Si quieres que vayamos allá...

—No, no —rechazó vivamente él—. Wayne Nelson también ha muerto desangrado, como Hazel y Vivian, y todos los demás... Creo que ellos están en Hasper Films ahora.

—Barry...

—Perdona. No insistiré en eso. —Tragó saliva, entrando en el coche deportivo, junto a ella, que se acomodó al volante, dejando descuidadamente su brevísima falda sobre la terminación de sus bien formados muslos—. Vamos, te lo ruego.

Emprendieron la marcha hacia Londres.

Por el camino, Leslie le hizo algunas preguntas, relacionadas con su película y con la persona que debía suplir a Hazel. Barry contestó con evasivas. Su mente estaba ocupada en otras cosas.

En seres que no eran quienes parecían. Jimmy, el verdadero Jimmy, tuvo razón. Vivian la verdadera, la pobre Vivian, también. De ellos ahora no quedaba ya nada. Sus dobles no eran sino tejidos vegetales con vida propia. Wayne debió descubrir eso en su laboratorio de Botánica. Y lo pagó con la vida.

¿Terminaría ahí la extensión masiva, silenciosa y despiadada de los imitantes que cayeron del cielo como semilla?

—Estás distraído, Cole —le acusó ella, fríamente.

—Sí, lo siento —miró a Leslie, abatido—. No sé lo que haré, pero...

Estaban ya cerca de Londres. Leslie puso el limpiaparabrisas en acción. Algunas gotas de lluvia cayeron en el parabrisas. El cielo estaba levemente encapotado, no mucho.

—No dijo el boletín meteorológico que amenazara lluvia —comentó ella—. Pero veo que no se puede una fiar de ellos.

Cole se sobresaltó. Sufrió un espasmo en el asiento. Miró el parabrisas. Gotas de agua. Turbias. Como si hubiera salpicado fango.

—¡Cielos! —musitó, estremecido—. Frena un momento, por favor...

—¿Por qué, Barry? —le miró, perpleja—. Dijiste que tenías prisa.

—Sí. Espera ahora. Es sólo un instante. ¿Ves esa lluvia?

—¿Qué hay con ella?

—Es turbia.

—Muchas veces lo es —rió Leslie—. Nos habrá salpicado con polvo... y se hizo turbia.

—No —negó Cole, al detener ella el coche—. Mira.

Había extendido su mano. Del cielo le cayeron dos, tres, cuatro goterones rápidos. Los mostró a Leslie.

Eran rojizos, turbios. Como barro.

—Vaya... —comentó ella, burlona—. Lluvia roja...

—Era roja —rectificó Cole, muy pálido—. Mira esto.

Leslie miraba la palma de su mano, fascinada. Enarcó las cejas color cobre.

—¡Cielos! —musitó—. Se vuelve verde.

—Eso es, verde. Verde vegetal, Leslie. Verde de semillas.

—¿Qué quieres decir?—le miró, absorta.

—Que está lloviendo otra vez desde el espacio... —sentenció Cole, sombrío—. Sigue la invasión... y sólo Dios sabe cómo podrá detenerse este horror llegado de más allá de lo conocido... Vamos, Leslie, sigamos la marcha. Cada vez es más urgente llegar a Londres, ver al inspector Edwards, a Basil Justin, aunque sea al primer ministro, a la reina, a quien sea...

Leslie sacudió su roja cabecita, sobresaltada.

—No entiendo nada, Barry —susurró—. Ni puedo creerte. Pero seguiremos viaje...

Esta vez, la joven periodista aceleró a tope. Pero tuvo que detenerse pronto. En el acceso mismo a Londres. Había un coche patrulla de la policía cruzado en el camino. Y otro coche, con

matrícula oficial de Scotland Yard, aparcado a un lado.

—No sigan adelante —invitó un agente uniformado, con sequedad—. Sus documentos, por favor.

—¿Qué ocurre, agente? —indagó Leslie.

—Ordenes severas. Hay que controlar a todo viajero que llegue a Londres. Y después, deberán sufrir un análisis.

—¿Análisis? —se inquietó Cole—. ¿Por qué?

El agente señaló otro coche, medio oculto entre unos árboles. Era un amplio vehículo, una ambulancia. A su lado, otros dos agentes de uniformes.

—El Ministerio del Interior y el Departamento de Salubridad han extendido la orden —les dijeron—. Parece que se teme una contaminación.

—No haga caso, Cole —dijo una voz familiar, risueña—. Es algo más que eso, y usted lo sabe, según creo.

Barry giró la cabeza. Leslie también. Un suspiro de hondo alivio escapó de labios del escritor.

—¡Cielos, gracias a Dios! —exclamó—. ¡Inspector Edwards!

—Yo mismo —sonrió el policía. Señaló tras él—. Y mi colaborador en este plan, Basil Justin, del Intelligence Service, a quien usted ya conoce.

La vista de los dos hombres, saliendo del coche de Scotland Yard, fue el mayor de los alivios para Barry Cole.

CAPITULO III

Estaba cayendo la noche cuando la ambulancia se puso en marcha. Dentro de ella iban Barry Cole, Leslie Lee, el inspector Edwards y el funcionario del Gobierno, Justin. El vehículo regresaba al interior de Londres. Pero las patrullas permanecían en las rutas.

—Hemos comprobado su sangre —suspiró Edwards, apaciblemente acomodado dentro de la amplia ambulancia, habilitada como dispensario de emergencia—. Sabemos que son ustedes dos, Leslie Lee y Barry Cole.

—¿Querían estar seguros? —sonrió Cole.

—Tenemos que estarlo. De ustedes, y de todos —terció Basil Justin—. Los hallazgos en los vegetales estudiados han dado resultado. Las semillas son vivas e inteligentes. Pueden reproducirse a voluntad, crecer y adaptarse a cualquier forma de vida. Pero su sangre no es sino una pulpa vegetal. Trataron de absorber la de sus víctimas y fracasaron. La sangre se dispersó por eso, succionada por los dobles, que hubieron de expelerla luego o hubieran muerto.

—De modo que, según eso, un poco de plasma puede descubrir a un enemigo.

—Más que eso —sonrió Edwards—. Puede matar al invasor.

—¿Es posible?

—Sí. Inyectada, no podrían soportarla, y morirían en el acto. Absorbida, la pudieron expulsar en él mismo instante, y eso les salvó. Los expertos han hecho pruebas, y todas coinciden, Cole.

—Puede ser un arma contra ellos.

—Pero un arma lenta —asintió Justin—. Llevará tiempo ir localizando enemigos. Se harán análisis cada semana, en plan masivo. Es el proyecto iniciado ya. Sólo nos fiaremos de aquellos que, como ustedes dos, hayan probado ser quienes aparentan, Cole.

—Y entonces... el relato tuyo era cierto —musitó asustada Leslie, mirando a Cole con fijeza.

—Totalmente cierto —asintió él, fríamente—. No lo creíste, pero es así. Me alegra que no me tomen por fantástico las autoridades. Esto es muy serio. Puede ser el fin de la humanidad si no se pone freno.

—Exacto —asintió apaciblemente Justin—. Imagine si usted, la

señorita Lee, nosotros dos, que conocemos la verdad, el experto de Scotland Yard que dio con el problema... desapareciéramos a la vez. ¿Quién revelaría al mundo lo que le amenaza?

—Nadie, es evidente —se estremeció Cole.

Hubo un silencio. La ambulancia rodaba en la tarde cada vez más oscura. Los vidrios blanqueados de las ventanillas impedían ver el exterior. Cole respiró hondo.

—Ya deberíamos estar en Londres —señaló.

—Y lo estamos —rió Edwards—. En pleno centro, forzosamente. Llevamos bastante tiempo rodando, amigo mío.

—No —negó Cole—. Seguimos en el campo.

—¿Está loco? —protestó Justin—. Lo hemos dejado atrás hace rato.

—El aire huele a campo —replicó Cole—. La ciudad tiene un olor muy diferente. ¿No notan el aroma de los bosques?

—¡Cielos! —Leslie asintió con energía—. Barry tiene razón.

—Espere —cortó Edwards—. Indagaré lo que pasa.

Golpeó el panel que comunicaba con el conductor. Este lo entreabrió.

—¿Sí, inspector? —preguntó.

—¿Dónde estamos ya, King?

—En Trafalgar, señor.

—¡Miente! —aulló Cole—. ¡Mire, inspector!

De un seco golpe con un hierro que yacía en el suelo de la ambulancia destrozó un vidrio blanco. La oscuridad, los arbustos y el cielo nuboso aparecieron al otro lado.

Edwards y Justin le contemplaron fríamente, tras escudriñar el exterior.

—Siempre se pasa de listo, Cole —dijo Edwards, sentencioso.

—¡Le estoy diciendo la verdad!

—Ya lo sé. Por eso le dije que se pasa de listo.

Cole sintió una sacudida en su interior. Miró estupefacto a los dos hombres. Luego, a Leslie Lee, que parecía perpleja.—Esperen —musitó Barry—. ¿Por qué no me dejan que yo les extraiga algo de sangre a ustedes?

Y tomó, rápido, la jeringuilla depositada sobre la blanca mesa del ambulatorio.

Leslie Lee se movió, instintivamente, hacia Barry Cole, con

aprensiva mirada fija en el policía y el funcionario del Gobierno británico.

—Se lo dije —suspiró Edwards, mirando a Justin—. No íbamos a engañarle. No el tiempo suficiente. Ya sabe él ahora que nosotros... somos también dos de nuestra especie.

—No importa —sonrió Justin—. Es el momento de absorberles.

* * *

El nuevo horror sacudió los nervios de Cole con un zarandeo cruel. Era demasiado, en tan poco tiempo. Un día y una noche de horrores. El principio de otra noche sin fin para los humanos. La interminable noche del horror para el mundo.

Justin, Edwards... Ellos también absorbidos, suplantados. Estaban por todas partes. Los agentes, la historia de los análisis... Todo mentira. Todo un complot para apresarle a él sin que sospechara nada. Y lo habían logrado.

—Aunque escapara con vida, nadie le iba a creer —sonrió Edwards—. ¿Qué diría? ¿Que yo no soy Edwards? ¿Que Justin no es Justin? ¿Qué importa eso? Nadie le creería. Aunque es la verdad. Hay otros muchos. Puestos clave en el país, en la capital. Es el principio...

—¿De dónde han llegado, realmente? —tembló Leslie, acurrucándose de modo instintivo contra Cole.

—De otro planeta lejano —explicó Edwards—. Nuestra nave está sobre la Tierra. El Gobierno lo sospecha. Rusos y americanos tienen indicios. Si los comprueban, pueden destruirnos. Y sin la nave nodriza, la lluvia roja no existiría ya. No seguiríamos cayendo en este planeta fértil.

—¿Mataron a Edwards, a Justin...?

—Como a todos. El suplantado muere. Es el modo de absorber sus pensamientos, su memoria, sus ideas. Ahora les toca a ambos. Deben desaparecer. Cole, usted es peligroso para nuestros planes. Vamos, entréguese dócilmente. No sufrirán. Dura unos momentos. Se establece un contacto con las semillas... y todo está hecho.

Justin extrajo un envoltorio plástico, ovoide. Lo abrió. Había

florechillas amarillas y palpitantes. Cole se estremeció. Avanzó hacia ellos Justin. Edwards sonreía.

Se acurrucó Leslie junto a él. Cole la miró a los ojos, apoyado en la mesa de la ambulancia donde se hallaban las jeringuillas. Aún sostenía Cole una de ellas, en su zurda.

—Y cuanto dijeron sobre la sangre humana, ¿es cierto? —jadeó Barry.

—No había razón para mentirle a alguien que ya nunca hablará —aceptó Edwards—. Sí, es cierto... Sólo así nos vencerían.

Los ojos de Cole fueron un mensaje desesperado y mudo para Leslie Lee. Su mano le presionó extrañamente el brazo. Leslie sollozó, cayendo sobre la mesa, entre gemidos. Cole dio dos pasos atrás.

—Es inútil lo que hagan —sonrió Justin—. Van a ser absorbidos.

Estaba cerca, con las semillas. Muy cerca de él... Edwards, iba hacia Leslie Lee, para repetir igual operación con otras semillas ávidas.

De repente, Leslie actuó. Y él también. Leslie había entendido. Leslie sabía lo que debía hacer.

* * *

Y lo hizo.

También Cole.

Sus dos jeringuillas, tomadas de la mesa, se habían clavado previamente, de modo raudó y simulado, en sus propios brazos, sobre la vena. Al alzarse, llevaban sangre dentro y se clavarón en el blanco elegido.

Justin recibió el pinchazo en el cuello. Edwards, en el rostro. El émbolo cedió. La sangre penetró en los tejidos de los extraños.

Hubo un doble gesto de estupor, de pánico. Luego, un grito ronco. Y cayeron como fulminados, repentinamente azules sus rostros, su piel toda. En el suelo, al caer, se formaron como rugosidades en su piel, para terminar quedándose secos, arrugados, encogidos...

—¡Leslie, lo hiciste! ¡Entendiste el mensaje!

—Sí, Barry —suspiró ella, muy pálida—. Perdona., Tú tenías

razón.—La tenía, pero era difícil de explicar. —Miró ante sí—. Ahora, a por el conductor, Leslie. Hay que salir de aquí, tratar de que nos crea alguien.

—Nos creerán, Barry —aseguró ella, rotunda.

—No estés tan segura, cariño —sonrió Cole—. Es tan fantástico...

—Barry, una periodista tiene sus recursos profesionales —explicó Leslie. Tocó sus senos jóvenes, firmes—. Aquí dentro llevo una diminuta grabadora magnetofónica, y el micrófono en este alfiler de mi blusa. Lo utilizo para entrevistas confidenciales y cosas así. Ellos no podían saberlo. La conecté al subir aquí, para luego escribir un reportaje y pasar la cinta por radio y televisión. Creo que va a sernos muy útil como prueba.

—Bendita seas, Leslie. —La besó con calor—. Nunca como ahora adoré a una periodista.

—Dios quiera que sigas pensando igual más tarde —suspiró ella—. Me gusta eso que has dicho, Barry. Ahora vamos a por el conductor. Y luego...

—Luego, a ver algunas personas, cuya identidad comprobaremos antes... para después empezar la lucha. Confío en que todo termine bien.

—Terminará bien, Barry —aseguró ella, con fe—. La Tierra se salvará. Gracias a un escritor de películas de miedo... y a una periodista indiscreta.

Le besó, con un guiño, cargó la jeringuilla con su sangre, y se encaminó a la ventanilla de comunicación con el asiento del chófer.

La guerra no había hecho sino empezar. Pero tenían fe en terminarla.

Y en ganarla también.

FIN

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Una
ventana
abierta al futuro
gracias a la pluma
de unos autores
que constituyen
para los aficio-
nados a
la

"CIENCIA-FICCION"
la mejor garantía de calidad



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain

